BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

MUERTE CON LUZ DE GAS

CURTIS GARLAND





SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

201 — Los ojos de la Gorgona, *Curtis Garland*.
202 — Enloquecidos por el terror, *Ada Coretti*.
203 — La tumba de la señora Scott, *Silver Kane*.
204 — La dama de los 500 años, *Clark Carrados*.
205 — El protegido, *Ralph Barby*.

CURTIS GARLAND

MUERTE CON LUZ DE GAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 206
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 52.312 - 1976
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO
GATO NEGRO

Edmond Marlowe abandonó las oficinas de Malcolm & Malcolm Publishers, de Totenham Court Road, relativamente satisfecho. La firma del nuevo contrato con los editores londinenses había sido ventajosa, aunque no tanto como imaginara en principio. La edición que pensaban hacer era del tipo económico, popular, y eso siempre mermaba, en buena lógica, la cuantía de los ingresos a percibir por su trabajo. Pero de todos modos, había valido la pena visitar a sus editores y firmar aquel contrato. Su nuevo trabajo para ellos le reportaría casi el doble de cuantos hiciera anteriormente para Spencer and Sons Limited Publishing, hasta entonces dueños de su exclusiva.

Llevaba en el bolsillo un cheque por valor de mil guineas, a cuenta de su inmediata tarea literaria, y eso ya era mucho, especialmente en una época difícil como era aquélla para el mundo literario. Al menos, Edmond estaba complacido y se decía que su suerte podía haber cambiado repentinamente al decidir interrumpir sus relaciones profesionales con los Spencer, para decidirse por la oferta de Malcolm & Malcolm. Ahora era el momento de celebrarlo.

Edmond, como cualquier forastero en Londres, resolvió que lo mejor era visitar un buen restaurante, hacer una cena copiosa, beber buen vino y mejor champaña y, si era posible, encontrar una grata compañía femenina para aquella noche.

Antes de todo ello, pensó que su guardarropa no era quizá el más adecuado para iniciar aquella nueva vida y ser alguien en el Londres nocturno. De modo que visitó una sastrería de Bond Street, y eligió una elegante levita marrón, un pantalón beige, y un macferlán de mezclilla gris, con sombrero de peluche de igual color. Cuando se miró en el espejo, se sorprendió del cambio efectuado en su persona con aquellas prendas. Pagó con el dinero que llevaba en efectivo, pero se quedó virtualmente sin una sola guinea en sus bolsillos. De modo que eso le obligó a ir al Banco para ingresar el cheque y hacer efectiva una parte de él.

Edmond no podía saber, cuando abandonó la sastrería de Bond Street y se encaminó a la cercana sucursal bancaria, que aquel simple hecho iba a alterar de modo radical su vida y su futuro.

De haber obrado de cualquier otra forma, el joven escritor procedente de Plymouth, al sur del país, no hubiera vivido la más extraordinaria y terrible aventura imaginable. Pero el Destino, sin duda, le había elegido ya como personaje de su capricho. Y eso iba a marcar de modo indeleble y definitivo la existencia de Edmond Marlowe.

Para ello, tuvo que empujar las puertas del Banco justamente a las

cuatro y diez minutos de aquella tarde, encaminándose a la ventanilla de caja.

A esa misma hora, exactamente, una mujer a quien nunca viera antes de ahora —y a la que jamás hubiera visto, de no ser por esa casual circunstancia— se disponía a salir del Banco londinense.

Justamente al cruzarse ambos, el grito de mujer desgarró el silencio discreto de la entidad bancaria.

Era un agudo, espeluznante grito de terror. Los ojos de la mujer, al gritar, revelaban un pánico sin límites, un miedo que Edmond jamás había visto antes en ninguna mirada humana…

Y allí empezó todo para Edmond Marlowe.

*

La mujer era joven. Y muy bella. Fue lo primero que Marlowe advirtió. Eso, y su increíble terror a algo. El pánico que la hizo gritar de aquel modo, con la boca crispada, los hermosos ojos verdes desorbitados, fijos en un determinado lugar de las oscuras y sobrias oficinas bancarias de la City.

Luego, el joven escritor descubrió el motivo de aquel arranque de temor. Casi se echó a reír, pese a que la situación desencadenada por el grito de la joven desconocida distaba mucho de ser cómica.

Se trataba sólo de un gato. Un gato negro.

El animal lanzó un bufido, quizá amedrentado por el alarido humano, fulgurantes sus amarillas pupilas, y se perdió veloz por entre los muebles color caoba de la oficina del Banco.

La mirada de la desconocida, se clavaba con angustia en el punto, exactamente, por donde el felino de sedoso pelo negro erizado había desaparecido. Como si en vez de ver al animal, hubiera descubierto en el recinto bancario al diablo en persona. O algo peor aún.

Algunos empleados y clientes, rodeaban con expresión alarmada a la joven asustada que acababa de provocar la alarma en el lugar. Solícitos, le preguntaban si le sucedía algo, si necesitaba ayuda, si se encontraba enferma, o qué motivos habían causado su terror. A todos les contemplaba ella con expresión distante, como si no fuera capaz de verles ni escucharles con la necesaria claridad.

Un hombre de edad madura, con barbita recortada, canosa, pulcro aspecto y negro gabán largo, abotonado hasta el cuello, se separaba en esos momentos de la ventanilla de caja, con unos fajos de billetes en sus manos enguantadas, llevando en ese instante bajo su brazo un bastón negro, con empuñadura de plata.

—Por favor, por favor, apártense, caballeros —rogó a los que pretendían auxiliar a la joven y bella dama—. Les ruego que la dejen. No lograrán ayudarla en absoluto. Antes al contrario, aumentan su turbación. Por favor, permítanme que la saque de aquí… Mi sobrina no precisa asistencia de ninguna clase. Se encuentra perfectamente

bien de salud, y su estado actual sólo responde a un estado de nervios, a un pasajero histerismo que no tiene ninguna importancia... Vamos, Marla, querida... Salgamos de este lugar. Te encontrarás mejor allá fuera...

—Tío... —gimió ella—. Tío Patrick, yo... Lo... lo siento. Vi ese gato y...

—Lo comprendo, lo comprendo muy bien, Marla —la calmó el hombre, tomándola afectuosamente por un brazo, en tanto guardaba el dinero recién cobrado en la ventanilla—. Pero será mejor que volvamos a la calle cuanto antes. Pasearemos un poco por el parque, iremos adonde quieras...

Salieron ambos del Banco, rodeados aún por el interés de los clientes y empleados. Edmond se había aproximado también a ella. Pero no intervino en absoluto, limitándose a contemplar la extrema palidez del rostro de la joven, su agitación evidente, y la mirada vidriosa de sus ojos amedrentados. Luego, la intervención del caballero que dijera ser su tío, acabó por persuadirle de que era mejor no intervenir. Pero distaba mucho de estar de acuerdo con las palabras del llamado «tío Patrick». La joven no estaba totalmente sana, ni mucho menos. Y si aquel grito, aquel horror ante un simple gato negro, eran habituales en ella, sus nervios estaban bastante más enfermos de lo que el hombre sugería.

Se dispersó el grupo lentamente, comentando el caso. Edmond se aproximó a la ventanilla de pagos, presentando allí su flamante cheque de mil guineas. El cajero le contempló con absorta sorpresa.

—Es mucho dinero, señor —dijo—. ¿Quiere llevárselo todo en efectivo?

—No, no —rechazó el joven escritor—. Depositaré aquí setecientas cincuenta guineas. Deme el resto en billetes, por favor. Puede abrir una cuenta a nombre de Edmond Marlowe. Imagino que no tendré problemas para retirar fondos desde cualquier ciudad de Inglaterra...

—Imagina bien, señor —el cajero le tendió un impreso—. Rellene este documento, por favor, y fírmelo. Se le creará una cuenta de la que puede retirar cuanto guste, esté donde esté, con el solo trámite de una solicitud telegráfica de confirmación. Cosa de un día como máximo...

Asintió Edmond, empezando a rellenar el impreso bancario. Fue entonces, con la mirada fija en el documento, cuando sus ojos captaron la presencia de algo en el suelo, justamente a sus pies.

Era un pequeño billetero negro, de piel. Se inclinó a recogerlo, examinándolo con rapidez. Había dentro documentos, tarjetas de visita y dinero en billetes de pequeño valor. También una fotografía, color sepia, con una mujer singularmente hermosa, que no se parecía en absoluto a la que emitiera el grito. Como fondo, un edificio

tradicional Victoriano, rodeado de jardines, en alguna parte campestre.

También contenía la tarjeta de un hotel de Londres: Las Armas del Duque de York. Y el número de dos habitaciones: 107 y 109. A nombre de un tal Patrick Sangster.

Edmond arrugó el ceño. Recordó que al caballero de la barbita recortada, la joven le había llamado «tío Patrick». Evidentemente, en la confusión del momento, al recoger el dinero de la ventanilla y oír el grito de su sobrina, el caballero había perdido su billetero, sin advertir siquiera tal circunstancia.

Dudó Edmond entre hacer entrega en el Banco del billetero, o tomar otra decisión. Observó el horario de cierre del establecimiento. Faltaban pocos minutos para ello. Y al siguiente día era festivo. Las tarjetas del caballero decían escuetamente:

PATRICK SANGSTER
THE SHEFFIELD UNITED GASLIGHT CO.
(MANUFACTURERS OF ALL KIND OF GAS BURNERS)
SHEFFIELD, G. B.

«Compañía de Luz de Gas Sheffield Unida. Fabricantes de toda clase de quemadores de gas».

Eran simples tarjetas comerciales. Edmond había oído hablar de esa empresa. Era importante en el país. Muchos espejos de locales comerciales, ofrecían anuncios grabados con el nombre de la entidad de la ciudad de Sheffield.

Resolvió con rapidez. Iría personalmente a Las Armas del Duque de York, para hacer entrega al caballero Sangster de su extraviada propiedad. Era lo mejor y más rápido. Tal vez tuvieran que regresar a Sheffield antes de que los Bancos abrieran sus puertas en Londres, y eso causaría una extorsión al comerciante y a su sobrina.

Resueltamente, cuando hubo cobrado la cantidad pedida, e ingresado en una cuenta a su nombre el resto del pago de sus editores, Edmond Marlowe se encaminó en un carruaje a Las Armas del Duque de York, un hotel pintoresco que evocaba los viejos paradores de diligencias, pero situado en el centro mismo de la City, y decorado y amueblado con excelente gusto, finas maderas y vidrieras emplomadas, evocando el estilo de otra época.

Inexorablemente, el Destino iba haciendo su juego, conduciendo a Marlowe, paso a paso, hacia un futuro lleno de incertidumbres, terrores y acontecimientos escalofriantes, que él no pudo ni siquiera imaginar.

Y de todo ello, tenían la culpa un gato negro, una muchacha hermosa… y un billetero perdido en un Banco londinense por un caballero de Sheffield.

—¿Los señores Sangster? —asintió vivamente el conserje del hotel,

mirando al alto y arrogante joven que preguntaba por los clientes—. Sí, se alojan aquí. No hace mucho que han regresado, por cierto. Creo' que están en sus habitaciones. ¿Puedo saber su nombre, caballero? Nuestro mozo subirá a anunciar su visita...

Edmond volvió a dudar. Bastaría con entregar. el billetero al conserje, indicarle que el señor Sangster lo había extraviado, y marcharse con la satisfacción del deber cumplido. Si hubiera obrado así, Edmond se hubiese burlado de su propio destino en una pirueta providencial.

Pero no lo hizo. Sin querer, evocó un rostro femenino, suave y atractivo, de grandes ojos verdes llenos de terror. Un rostro pálido, amedrentado, al que asomaban los terrores más profundos imaginables. Y sin saber la razón, también se cruzó con esa visión mental la de otra mujer triste y pálida, evidentemente hermosa, aunque diferente a la muchacha del Banco: la dama de la fotografía color sepia.

Y su decisión no hizo sino seguir los pasos del destino :

—Edmond Marlowe —se anunció—. No nos conocemos de nada. Pero dígale que debo entregarle algo que le pertenece. Es todo.

El conserje asintió, cuchicheando algo al mozo que acudió al campanilleo de llamada, y éste asintió, subiendo las escaleras del pintoresco parador-hotel. Poco después, descendía, hablando en voz alta a Edmond y al propio conserje:

—El señor Sangster le recibirá en su habitación. ¿Quiere seguirme, por favor?

Edmond asintió, encaminándose a las escaleras, en pos del mozo de servicio. Poco más tarde, se detenía ante la puerta entreabierta de la habitación 107. Observó que la 109 era la inmediata, y estaba cerrada herméticamente. Golpeó suavemente con los nudillos en la primera de ellas. Una voz grave, que ya oyera antes en el Banco, le invitó:

—Adelante, por favor, señor Marlowe...

Edmond entró en la habitación. El mozo se retiró, cerrando suavemente la puerta, una vez estuvo él en interior. Marlowe se quedó contemplando al caballero de la barba recortada. Estaba en mangas de camisa. Una gruesa cadena de oro le cruzaba sobre el chaleco rameado, de bolsillo a bolsillo. Se volvió a él, tendiéndole cordialmente la mano.

—Bien venido, señor Marlowe —le estrechó la diestra, mirándola pensativo. Luego asintió—: Creo recordarle. /No estaba en la misma oficina bancaria donde...?

—La misma, señor —asintió Marlowe, dirigiendo en torno una mirada curiosa. Era un dormitorio confortable, muy cómodo y señorial. No vio ni rastro de la muchacha, pero había una puerta

cerrada, quizá de comunicación entre ambas habitaciones. Supongo que ya habrá advertido la pérdida de algo…

—Justamente ahora, cuando ese mozo me ha dicho que venía a entregarme algo que me pertenece. ¿Es, quizá, mi cartera? He notado su falta y…

—Aquí la tiene, señor —Edmond se la tendió—. Estaba al pie de la ventanilla de caja cuando yo me acerqué a ella.

—Ha sido muy amable trayéndola aquí —asintió el hombre de Sheffield con un suspiro—. Me doy cuenta de lo que pensó. Es hora de cerrar las oficinas… y mañana es festivo.

—Exactamente. Me permití curiosear, y vi que no es de Londres, señor Sangster…

—Acertó. Mi sobrina y yo venimos de Sheffield. He tenido unos negocios en la City, y nos volvemos mañana a primera hora a nuestro lugar de origen. Hubiera sido una pejiguera tener que aplazar el viaje para recuperar esto. No por el dinero que contiene, sino por documentos… por esa fotografía… En fin, tengo asuntos urgentes en Sheffield, que requieren mi presencia cuanto antes. De modo que no sabe el gran favor que me hace, señor Marlowe.

—Me alegra que sea así —sonrió Edmond, algo contrariado y desilusionado en el fondo, por no poder ver a Marla Sangster de nuevo, como había esperado—. Bien, señor Sangster, resuelto ya esto, no le molestaré más y.,.

—Por favor, señor Marlowe, usted es un caballero, y no puedo ofrecerle una gratificación por su atención, pero sí podría hacerle un ruego que espero no le ofenda: ¿por qué no se queda a cenar con nosotros esta noche? Estamos solos en Londres, y resultaría grato compartir la mesa con un caballero de esta ciudad por unas horas. Hágame ese favor, señor Marlowe. Mi sobrina también necesita un conversador ameno que no sea yo…

—Dudo mucho ser esa clase de conversador. Además, lamento decepcionarle… pero no soy londinense. Como usted, estoy aquí por asuntos particulares y, procedo del sur, de Plymouth. Es tierra de marineros y armadores, pero lamentablemente, el mar sólo me seduce para contemplarlo desde tierra firme. Mi oficio fue por otros derroteros.

—Excelente, en tal caso —aprobó Sangster—. Seremos tres provincianos, reunidos en Londres amigablemente, a compartir una cena. ¿Qué le parece?

—Será un honor, ciertamente —de pronto, todos sus planes de aquella noche, se hacían añicos, incluido, por supuesto, el de elegir una dama en la noche londinense, para completar su festejo. Pero había allí una dama que le atraía más, y ésa era Marla Sangster. La idea de aquella cena, resultaba una tentación demasiado grande. Miró

a Sangster y resolvió—. Pero no permitiré que ello sea como correspondencia a lo que hice. Deberá permitirme que sea yo quien, como mínimo, pague la bebida… y luego les lleve a un lugar donde sirven el mejor brandy de Londres.

—Aceptado —sonrió ampliamente Sangster, estrechando de nuevo su mano—. Le esperamos a las siete y media en punto, señor Marlowe.

—Aquí estaré —prometió Edmond, inclinándose ante el tío de Marla.

En ese instante, un nuevo grito, agudo y desgarrador, sonó cerca de allí, pared por medio, como si pretendiera romper ésta y penetrar en sus tímpanos ensordecedoramente.

Era un grito de mujer que Edmond recordaba muy bien.

—¡Marla! ¡Marla, querida! —chilló su tío Patrick. Y se precipitó hacia la puerta de comunicación, profundamente alterado.

Edmond observó, sorprendido, que Sangster esgrimía en su mano, tras haberlo extraído rápidamente de entre sus ropas, un crucifijo de plata, enarbolado como un arma.

Igual que si fuera a enfrentarse a un vampiro…

CAPITULO II
LORNA

Cuando Sangster descorrió el cerrojo de la puerta de comunicación y empujó ésta, Edmond Marlowe se precipitó también tras de él, para apoyarle en lo que tuviera que hacer en la habitación inmediata, donde sonara el grito terrible de su sobrina.

En realidad, Edmond no albergaba serios temores, porque recordando lo sucedido en el Banco, era muy fácil que cualquier otro gato negro hubiese provocado el terror inexplicable de la joven. Con esa idea, entró Edmond en la cámara, pisando los talones a Patrick Sangster.

Un escalofrío sacudió al joven escritor, cuando se enfrentó a la escena que les ofrecía la habitación de Marla. Aquello no era, ciertamente, lo que él había esperado...

El cuerpo joven y esbelto de la muchacha se debatía en el lecho, presa de una agitación violenta, como si sufriese un acceso de epilepsia o algo parecido. Sus convulsiones impresionaron a Marlowe, que observó la expresión de intenso terror que desfiguraba sus bellas facciones en aquel momento.

—¡Marla, Marla, querida criatura...! —oyó exclamar a Sangster, inclinado sobre el lecho, evidentemente confuso y alarmado.

—Pero... ¿qué sucede? —quiso saber Edmond, desorientado—. Señor Sangster, ¿puedo ayudarle en algo?

—No —Patrick Sangster alzó de repente su crucifijo de plata, como invocando algo que no tenía sentido, como queriendo proteger a su sobrina de algo invisible que flotara siniestramente en aquella habitación—. Por desgracia... nadie puede ayudarme en esto, señor Marlowe...

Edmond no dijo nada. Había clavado sus ojos en la ventana, entreabierta. Se acercó a ella. La tarde era fría y estaba oscureciendo sobre Londres. La ventana asomaba a un amplio patio, rodeado de los tejados de las edificaciones vecinas. Una tenue niebla grisácea, como humo sucio, se cernía sobre las casas y las calles. Edmond contempló la cornisa que pasaba justamente bajo la ventana abierta. Perplejo, observó el brillo de algo: unas gotas oscuras, recientes sin duda, puesto que parecían húmedas. Se preguntó si no sería sangre...

Volvió junto al lecho, donde la joven parecía irse recuperando de su anterior agitación. Los espasmos cesaban paulatinamente. La mirada vidriosa se fijaba en el vacío, posiblemente sin verles a ninguno de ellos. Edmond fijó sus ojos en la joven Marla.

Tenía algo, unos arañazos en su cuello y mejilla. Leves arañazos... como los de un gato. Edmond arrugó el ceño. Miró las uñas de la joven, cerrándose crispadas sobre la colcha. No vio en ellas señales de

sangre. Miró a Sangster, cuando éste lograba ya introducir entre los apretados labios de su sobrina un comprimido con un poco de agua. Ella tragó dificultosamente. Su respiración se iba normalizando.

—Tiene arañazos —dijo Marlowe bruscamente—. En el cuello y la mejilla, ¿lo ve?

—Sí, sí... —¿Era imaginación suya, o el caballero de Sheffield se había estremecido al escucharle? Sin embargo, se encogía de hombros ahora, como restando importancia a lo observado—. A veces le sucede, señor Marlowe... Se araña ella misma, en sus crisis... Está muy alterada de su sistema nervioso, es todo lo que le ocurre...

Edmond no dijo nada. Pero se preguntó por qué había gotas de sangre en la cornisa. Como si quien arañó a la muchacha... hubiera salido luego de la habitación por aquella abertura...

Marla tenía ya sus ojos cerrados, respiraba entrecortadamente, profundamente. Marlowe advirtió que Sangster ocultaba el crucifijo bajo su chaleco,, con movimientos furtivos. De pronto, los labios descoloridos de su sobrina, se entreabrieron.

—Dios mío... Era Loma... Era Lorna... Estaba ahí, en la ventana, mirándome... ¡Era Lorna, tío Patrick! Sus ojos... Sus uñas... habían crecido tanto... Las uñas de los muertos crecen mucho, ¿recuerdas, tío Patrick? Lo dijo el doctor Enfield...

A Edmond casi se le erizaron los cabellos. Confuso, Sangster se inclinó sobre su sobrina nuevamente, al tiempo que miraba de soslayo, con apuro, a su visitante.

—Vamos, vamos, cálmate, querida... Fue todo un sueño, un mal sueño... Una simple pesadilla... Reposa ahora. Tranquilízate. Luego podrás salir, disfrutar de esta ciudad... Hay un joven amigo nuestro que nos hará compañía esta noche y nos ayudará a conocer Londres, querida Marla...

—¿Cree... cree que será oportuno ir a cenar? —dudó Edmond, carraspeando—. Después de lo sucedido, tal vez sería más prudente cambiar de planes y...

—Nada de eso, señor Marlowe —la mano de Sangster se aferró con singular energía a su brazo, como tratándole de persuadir. Le miró directamente a los ojos—. Créame que lo mejor que podemos hacer por ella es distraerla, hacerla olvidar sus temores... Claro que si usted no se siente cómodo, puede cambiar de idea. Quizá todo esto le haya impresionado, y prefiera renunciar a nuestra compañía. Si es así, le ruego me lo diga. Sería muy injusto que yo pretendiera coaccionarle', encima de haberme hecho usted tan gran favor.

—Se lo ruego, señor Sangster. No necesita decirme más. Me sentiré muy honrado de compartir mi noche londinense con ustedes. Si su sobrina necesita distracción, deseo contribuir a ello en la medida de lo posible. Y le prometo no mencionar para nada todo lo sucedido, y

tratar de que ella misma olvide cualquier recuerdo ingrato…

—Gracias, amigo mío —suspiró Sangster—. Pero no necesitará usted mencionarlo… porque ella misma será quien lo mencione sin complejos, estoy seguro de ello…

*

Y así fue.

Para sorpresa de Edmond Marlowe, fue ella misma quien sacó el tema a colación. Y sin complejos, justo como dijera su tío Patrick. Más extraño aún: sin el miedo cerval, sin el pánico patológico que asomaba a su rostro cuando sufría aquellas singulares crisis histéricas…

Una Marla Sangster diferente, de rostro suavemente rosado en sus mejillas, donde el misterioso arañazo era discretamente cubierto ahora por un toque de maquillaje, de ojos verdes, luminosos y profundos, de voz suave y aterciopelada, fue la que, a los postres de aquella deliciosa cena en uno de los mejores restaurantes de Mayfair, evocó con tono grave, pensativo:

—Ha debido sacar conclusiones muy poco gratas sobre mí, ¿no es cierto, señor Marlowe?

—¿Yo? —Edmond la miró. Sabía a lo que se refería, pero optó por una evasiva—. Por el contrario, señorita Sangster. He sacado la impresión de que es usted la joven más bella y elegante que he conocido…

—No, no me refería a eso —negó ella suavemente con un movimiento de su cabeza de cabellera tenuemente rubia, de un dorado oscuro—. Usted sabe lo que he querido decir: mi terror en el Banco, mi crisis de hoy en el hotel… ¿Supone que estoy loca?

—Cielos, ¿cómo puedo suponer tal cosa? —Edmond negó rotundo —. Su tío me ha referido ya algo al respecto. Sé que es cosa de sus nervios…

—Mis nervios tienen parte de culpa. Pero mi tío le ha mentido, señor Marlowe.

—¡Marla, criatura!… —protestó débilmente Patrick Sangster.

—Sí, mi tío no ha sido sincero con usted —sostuvo ella con energía, sin hacerle caso—. Ni creo estar loca, ni todo es culpa de los nervios. Todo lo que me sucede tiene una explicación y un origen. Por desgracia, hay momentos en que veo claro, y me avergüenzo de mí misma y de mis absurdos temores. Pero existen paréntesis depresivos, en los que mi imaginación me juega malas pasadas, y me enfrento a un mundo de auténticos fantasmas que me aterrorizan. Están medicándome para ello, pero por desgracia, no es fácil sanar de una afección nerviosa, sobre todo cuando se presenta en forma de neurosis aguda. Yo misma lucho contra ello con todas mis fuerzas, pero… no siempre salgo triunfante. Los hechos, las circunstancias que rodean mi

vida, son demasiado graves, demasiado tristes, para que sea fácil sobreponerme. Tío Patrick trata de hacerme la vida lo más grata posible. Suya fue la idea de traerme estos días a Londres, sacándome de mi habitual ambiente familiar en Sheffield. Y ya me creía infinitamente mejor… cuando sucedieron esos dos incidentes tan desagradables. Primero, bastó la simple presencia de un gato negro, para que sufriese un shock de terror. Y después…

—Después… ¿qué, señorita Sangster? —preguntó con vivacidad Edmond—. ¿Qué sucedió en el hotel, para caer en otra crisis? Allí no vi ningún gato negro…

—No, no lo había… —los ojos de la joven brillaron, excitados—. Fue diferente. A veces sufro alucinaciones. Creo ver a alguien, mirándome… El miedo me domina entonces. Y me dejo llevar por el histerismo. Luego, al recuperarme, veo lo infantil de mis terrores, comprendo que todo fue ridículo… pero sé que no pude hacer nada por evitarlo, como tampoco lo podré hacer cuando la circunstancia se repita, señor Marlowe.

—Sí, entiendo —suspiró Marlowe, sirviendo el resto del champaña en las copas—. Ahora, si les parece, iremos al teatro y, a la salida del espectáculo, visitaremos un club de Londres donde he descubierto el mejor brandy de la ciudad. Usted podrá tomar algo más suave, si lo desea, señorita Sangster.

—Es muy amable —alzó su copa, brindando con él y con su tío —. Gracias por todo… Creo que será una noche inolvidable para mí. Pero no piense que hablar de todo eso me causa algún daño. Es más, creo que habrá tiempo esta noche para contarle las razones que han provocado mi actual estado…

—Marla, ¿crees que es oportuno ir tan lejos? —dudó su tío, preocupado.

—Estoy segura de que me hará mucho bien desahogarme con alguien —sonrió ella dulcemente—. Lo importante es que mis palabras no aburran al señor Marlowe en exceso…

—Por el contrario. Puede creerme si le digo que. no siéndole perjudicial, escucharé muy gustoso su historia, señorita Sangster. Y si necesitara mi ayuda, no dude en solicitarla. Estoy a su entera disposición.

—Su ayuda… —le miró largamente, con expresión entre esperanzada y escéptica—. Ojalá fuera posible tener en Sheffield a una persona como usted. Pero allí todo el mundo es muy diferente: huraño, hosco… como el clima y el lugar. Quizá por eso será esta noche la primera vez que alguien conocerá la historia de Marla Sangster, amigo mío, escuchada de mis propios labios…

El momento elegido para que así fuese, se presentó en el entreacto del ballet que estaban presenciando en el escenario del Royal Festival

Hall. Le refirió la primera parte de la historia mientras tomaban un refresco en el vestíbulo del teatro, bajo las grandes arañas de luz de gas, que prestaban una iluminación radiante al local. La atmósfera en torno suyo, con el selecto público londinense comentando o paseando por la amplitud del hall, distaba mucho de ser la maligna y obsesiva del escenario de aquel relato que, fascinado, empezó a escuchar Marlowe de labios de Marla Sangster, la muchacha de Sheffield:

—Para mí, todo comenzó con la muerte de mi hermana Lorna...

*

Lorna Sangster había muerto trágica e inesperadamente, en aquel crudo invierno del norte de Inglaterra.

La muerte de una mujer joven y llena de vitalidad como era Lorna, tenía que causar conmoción en la pequeña ciudad industrial de los Midlands del Norte. Y tuvo que ser una muerte súbita, violenta, imprevisible. Y, desde luego, extraña. Muy extraña...

Fue el propio jefe de policía de la localidad, el muy respetable Alan Hewitt, el que se encontró con su cuerpo, no lejos de una farola del alumbrado callejero del distrito residencial de Sheffield. El halo azul pálido del mechero de gas encerrado en el sucio globo de vidrio de la farola, dejaba el cuerpo medio en la sombra. Solamente sus piernas y sus botines altos, ceñidos a sus finos tobillos, asomaban en la zona de claridad lívida. Suficiente para comprender que había alguien, una mujer, tendida en la acera, posiblemente accidentada. Así lo comprendió Alan Hewitt, precipitándose hacia el lugar donde la desordenada falda y las crujientes enaguas remangadas, permitían descubrir las bien torneadas pantorrillas de Lorna Sangster.

La impresión que sufrió Hewitt fue muy fuerte. Nunca hubiera imaginado encontrarse con un cadáver. Y menos que aquel cadáver fuese el de Lorna Sangster. ..

Había muerto de forma extraña. El doctor Enfield, llamado urgentemente por Hewitt, ya que era el forense oficial de la ciudad, dictaminó que la muerte se había producido poco antes, por paro cardíaco. No sufría lesiones de ningún tipo. Sin embargo, su aspecto resultaba aterrador para quien la contemplase.

Tenía los cabellos erizados, los ojos desorbitados, fijos en el vacío, acaso en algo aterrador que había sido la última imagen en su vida. Una expresión de profundo terror descomponía sus bellas facciones. Tenía agarrotadas sus manos, engarfiados los dedos, la boca convulsa. El médico, sacudiendo la cabeza, había dicho escuetamente al jefe de policía Hewitt, tras examinar el cadáver:

—Creo que no es necesaria la autopsia. Podemos evitarle ese trance tan penoso a los Sangster, habida cuenta de su condición social y de su respetabilidad en Sheffield. No hay la menor duda sobre la forma natural en que se produjo la muerte: se le detuvo el corazón a

causa de un *shock* violento. Personalmente, diría que murió... *de miedo*.

—De miedo... —repitió Hewitt, absorto—. Pero miedo... ¿a qué, de quién, doctor?

—No lo sé. Un terror profundo puede producir un colapso. Pero no hay autopsia capaz de revelarnos qué clase de susto fue el que produjo el óbito. De modo que si usted y el juez Warren no disponen otra cosa, podremos pasar por alto el trámite de la autopsia, a menos que la propia familia lo solicitara, cosa que no creo en absoluto.

—Si usted está seguro de que la señorita Sangster no pudo ser víctima de ninguna otra cosa que no fuese un colapso... por mi parte no habrá inconveniente. Ahora, vamos a informar a su familia de lo sucedido. No va a ser nada fácil...

*

No lo fue. Pero era una obligación inevitable para el jefe de policía, y la cumplió lo más cautamente posible. Tenía que notificar lo ocurrido a Patrick Sangster y a sus otras dos sobrinas, Marla y Jessica, hermanas de Lorna.

Fue un duro trance. Marla soportó bastante bien el impacto. No así Jessica, que sufrió una profunda crisis nerviosa y tuvo que ser acostada, bajo el efecto de sedantes, atendida por el doctor Enfield. Ella y Lorna habían sido siempre las hermanas más unidas.

Patrick Sangster se limitó a hacer unas pocas preguntas, evidentemente afectado, antes de enterarse por el propio doctor Enfield de la decisión de no practicar autopsia alguna. Dispuso los detalles para el traslado del cadáver a la residencia de los Sangster, situada no lejos de la factoría de la empresa manufacturera de me; cheros y encendedores de gas, y su posterior inhumación en el panteón familiar.

—Al menos, no será preciso informar a nadie más —comentó Sangster al jefe de policía Hewitt—, No creo que al joven Raven le preocupe ya demasiado lo que pueda haberle sucedido a mi sobrina...

—Entiendo —Hewitt inclinó la cabeza—. Duncan Raven rompió sus relaciones con su sobrina hace ya algún tiempo, ¿no?

—Ella las rompió con él —rectificó gravemente Patrick Sangster—. En cuanto se enteró de que se veía a escondidas con su mejor amiga, Melissa Blake. Ahora creo que va a casarse con ella. El joven Raven es muy ambicioso... y los Blake lo bastante ricos para atraerle más que una familia de industriales simplemente acomodados, como los Sangster.

—Ustedes son quienes deberán sufrir las consecuencias dolorosas de esto, Patrick —suspiró Hewitt. Luego, comentó preocupado—: ¿Lorna era una joven asustadiza, medrosa?

—No, en absoluto —rechazó su tío—. Creo que nada le asustaba

particularmente en este mundo… salvo la muerte. Como a cualquier otra persona.

—Y, sin embargo, fue el miedo el que provocó su colapso, según el doctor Enfield… Extraño, ¿no?

—Sí, muy extraño —se estremeció Patrick Sangster, recordando la expresión que acababa de ver en el rostro de su sobrina, en la Morgue local—. Es algo que no tiene sentido… a menos que alguien intentara asustarla y llevase su broma demasiado lejos…

—Sea como fuere, continuamos la investigación. Su sobrina murió por causas naturales, y no ha lugar una desagradable autopsia, pero no obstante, esas causas fueron provocadas por algo o por alguien, y eso es lo que quiero averiguar.

—Lorna era fuerte, saludable. Sólo tenía débil su corazón. Pobre muchacha… —Patrick cerró los ojos, dolorido—. Ha sido un rudo golpe para todos, amigo Hewitt…

Todo fue duro y penoso para ellos. Incluso el funeral, sencillo y sobrio, en el panteón familiar de los Sangster, donde ya reposaban dos hermanos de Patrick; el padre de las tres hermanas, Henry; y Nigel Sangster, padre del joven de igual nombre, primo de las tres muchachas y algo distanciado de la familia. Pese a ello, Nigel, de riguroso luto, estuvo presente, junto a Jessica y Marla y su tío Patrick. El acto fue breve y triste. Llovía con intensidad, el aire era frío, y los asistentes al cementerio hacían chapotear los charcos de agua con sus chanclos de goma, mientras se preservaban con negros paraguas. Todo resultó gris, sombrío, depresivo, hasta el momento en que chascó el cerrojo, clausurando definitivamente la puerta de hierro y vidrios emplomados que cerraba el panteón.

Jessica sufrió un pequeño desvanecimiento, y Marla sollozó ahogadamente, abrazada a su tío Patrick. Cuando volvieron a la residencia familiar, el silencio era absoluto en el interior del negro carruaje tirado por dos caballos.

Patrick contemplaba silenciosamente a sus dos sobrinas, calladas y pálidas, sentada la una al lado de la otra, como ausentes, en el asiento frontal al suyo. Los traqueteos del carruaje, deslizándose sobre el suelo irregular del camino o hundiendo sus altas ruedas en los charcos con sordo ruido no era sino un ritmo de fondo, monocorde y hasta irritante. Pero era el único ruido audible en el interior del vehículo.

La residencia de los Sangster, rodeada por los jardines de frondosos setos y altas verjas, no distaba mucho de la factoría de mecheros de gas, situada en lo alto de la colina. No era una casa sombría ni de aspecto tétrico, pero aun así, distaba mucho en esta ocasión de resultar acogedora o amable. Su típica edificación con numerosas chimeneas en los tejados de pizarra gris, se alzaba contra el cielo torvo y oscuro, recortándose entre la lluvia tristemente.

El doctor Enfield les visitó aquella noche, antes de la cena, para saber si alguien de la casa necesitaba de sus servicios. La visita del médico fue muy oportuna, puesto que Jessica, postrada y vencida por las emociones del día, se encontraba febril y con escalofríos. El viejo médico del lugar le recetó un sedante y la hizo acostar en el acto. Tras examinarla, se volvió preocupado hacia Patrick y su sobrina Marla:

—Deben tener cuidado con ella —dijo—. Lo sucedido le ha afectado de un modo muy intenso. Si ven que no mejora, avísenme inmediatamente. Me inquieta el estado de salud de su sobrina, señor Sangster. Estaba tan unida a su hermana, que el suceso le ha alterado los nervios muy seriamente. En fin, Dios quiera que mis preocupaciones no tengan motivo y todo acabe bien...

Ese fue el primer indicio preocupante en torno a la salud de Jessica Sangster. Como dijera el doctor Enfield, las cosas no mejoraron, y Jessica cayó en un estado de postración alarmante, empezando a perder contacto con la realidad que la rodeaba. Pese a todos los cuidados y tratamientos médicos, incluso a pesar de que Patrick Sangster hizo venir un médico especialista de Londres, la joven fue hundiéndose paulatinamente en una especie de melancolía, de tristeza y de indiferencia por todo, como si estuviera muy lejos de allí y la vida misma careciera de sentido para ella. A veces, sufría algún acceso febril o lloraba en silencio, pero eso era todo.

Mientras tanto, su hermana Marla tenía reacciones muy diferentes a las de Jessica, si bien distaba mucho de encontrarse normal tras la muerte de Lorna. De ello, quizá, tuvo la principal culpa el hallazgo del Diario íntimo de Lorna Sangster.

Era un pequeño libro de tapas granate, guardado en el fondo de una gaveta de la cómoda de Lorna, entre ropas todavía bien planchadas, crujientes, con olor a limpio. Ropas que ella ya nunca se pondría...

En el libro, había anotadas muchas cosas particulares de la infortunada muchacha: sus impresiones personales, sus sentimientos, su amor inicial por Duncan Raven, su posterior decepción y amargura ante el engaño de que él le hacía objeto con una de sus amigas, la muy rica señorita Melissa Blake, de los Blake de Sheffield... Y, finalmente, la ruptura con el joven y el anuncio de éste, de que sería pronto Melissa Blake su esposa.

Pero entre todas las cosas allí anotadas, particularmente, algo hizo mella en el sentimiento y en la imaginación de Marla Sangster. Algo que provocó en ella un escalofrío de terror sin límites, y que la forzó a lanzar un grito de pánico, de angustia, el primero que escucharía su tío, de una serie de ellos, demasiado frecuentes últimamente, por desgracia para todos.

Cuando Patrick y algunos criados acudieron a atenderla, la

hallaron desvanecida, con gesto de temor, presa de una crisis nerviosa. Otra vez el doctor Enfield tuvo que intervenir profesionalmente en asuntos de la familia, y otra vez el viejo galeno avisó a Patrick sobre los problemas de tipo psíquico que se estaban presentando a sus sobrinas, después de la muerte de Lorna. Marla presentaba síntomas de una neurosis de terror, que podía empeorar si no se le ponía coto.

Patrick Sangster, alarmado, trató de encontrar la posible causa de aquel súbito ataque de miedo en su sobrina, y lo encontró. Fue allí, en las páginas del Diario, precisamente en una, que tenía abierta Marla al caer desvanecida. Un párrafo, escrito con la letra de Lorna, provocó un escalofrío en el propio Patrick Sangster:

«...Ya pocas cosas creo que pueda reservarme la vida. Después del desengaño de Duncan, creo que no deseo vivir. Esta casa, este lugar, se han vuelto repentinamente tristes para mí. Odio cuanto me rodea. Me siento amargada, rota, sin ilusiones. Pero aunque desearía morir, le tengo miedo a la muerte. Sí, mucho miedo... No sé por qué, he tenido varias veces ese sueño. Ese terrible sueño... Debió ser por algo que leí una vez, no recuerdo dónde. Pero el sueño se repite... y me aterra.

Me veo a mí misma, muerta y amortajada, dentro del féretro, descendiendo a la tumba... Me veo en el fondo de la fosa, y cuando han cerrado la tapa, empiezan a echar paladas de tierra sobre mi ataúd. La tierra golpea, rechina, al caer encima de la madera, recia y bien encajada.

De repente...

De repente, abro los ojos. Despierto. Vuelvo a la vida... ¡dentro de mi ataúd!

Sé que no era la muerte. No estaba muerta cuando fui enterrada. Sólo sufrí un mal que muchos sufren actualmente. No esperaron lo suficiente, los médicos se equivocaron. Estoy viva. ¡Viva! Solamente fue un caso de catalepsia. Sólo eso... Ahora, sigo viviendo. Pero vivo AQUI DENTRO, en esta fosa, de la que jamás podré salir...

Golpeo la tapa, que no cede, araño los forros de seda, la madera... Rompo mis uñas. Estérilmente todo. Me ahogo lentamente, mis cabellos blanquean por momentos, por el horror, y mi rostro se descompone con la asfixia y el pánico...

Enterrada en vida, sé que nadie va a escuchar mis gritos, mis arañazos... Aquí permaneceré, hasta que la asfixia me mate de verdad, en una muerte mil veces más terrible que ninguna otra... Destrozándome a mí misma, en mis deseos de salir de aquí como sea...

Mis uñas rotas ya ceden, no pueden ni siquiera arañar, empapadas en sangre. No importa mucho. Volverán a crecer. Las uñas de los muertos crecen mucho. Mucho...

He soñado eso tantas veces, que temo sea realidad el día que me sepulten. Deseo morir, pero no despertar en mi féretro, no morir así, bajo

palmos de tierra, agobiada por su peso, por los límites de una caja de madera negra... en una agonía espantosa y aterradora, que convertirá mi cadáver en el de un monstruo.

Tengo miedo. Mucho miedo a morir. Deseo morir, pero me asusta la idea de que mi sueño se haga realidad... Dicen que quien muere en un horror así, luego reencarna en algo espantoso, y deambula para vengarse de los vivos que le condenaron a semejante agonía...

Dicen muchas cosas que no sé si son ciertas, pero que me dan terror. Dicen, incluso, que el alma atormentada de quien murió forcejeando dentro de una fosa... se transforma o reencarna en un gato negro, que clava sus uñas a los demás, cruelmente, para vengarse de las uñas que destrozó en su inútil empeño por salir del ataúd...

Dicen eso. Y dicen cosas peores. Tengo miedo. Mucho miedo... Dios mío, si me das la muerte, que sea dulce y piadosa cuando menos... con violetas sobre mi tumba.»

Ese era el texto escrito por Lorna Sangster, que tanto impresionó a Marla. Su hermana se preguntaba si acaso no sería cierto el sueño, si la pesadilla no se habría cumplido y Lorna...

No quería ni pensarlo. El doctor Enfield tuvo razón, una vez más. Otra joven miembro de la familia Sangster sufrió las consecuencias de la muerte de Lorna. La muchacha empezó a mostrar unos nervios crispados, fácilmente irritables, un repentino terror a las sombras de la noche, a ciertos ruidos... Y un pánico irrefrenable hacia los gatos. Sobre todo, a los gatos negros...

Pero todo eso quizá no hubiera tenido demasiada trascendencia a la larga, y se hubiera podido ir borrando de la mente de Marla esos terrores, de no suceder lo que conmocionó súbitamente a todo Sheffield, aquel sábado por la noche, víspera del día festivo elegido por Jessica Blake y Duncan Raven para contraer matrimonio, meses después de la trágica muerte de Lorna Sangster.

Aquel sábado, celebró Duncan su despedida de soltero con unos amigos, y lo bastante ebrio como para necesitar al día siguiente muchas dosis de café si quería ir medianamente despejado a la iglesia, acabó despidiéndose de sus amigos, en el sendero de regreso a su casa.

Ese sendero pasaba cerca de donde se alzaban las cercas del cementerio de Sheffield, pero varios edificios separaban el camposanto del sendero mismo, y apenas si eran visibles algunos cipreses tras unos muros. El joven Duncan Raven no era miedoso, ni su embriaguez actual le permitía siquiera saber por dónde iba.

Lo cierto es que, con las primeras luces del amanecer, un lugareño lo encontró, a escasa distancia de las tapias del cementerio.

Estaba muerto. Tenía sus cabellos erizados, un gesto de horror infinito en su rostro, y tanto éste como sus manos, aparecían

virtualmente cubiertas de arañazos. Arañazos profundos, que ensangrentaban su cuerpo y sus ropas…

CAPITULO III
EL CUADRO

—Muerto... —parpadeó Edmond Marlowe, tras un profundo silencio, cuando Marla, con admirable entereza, dio fin a su relato, ya acomodados en un club de Kensington, saboreando él y Sangster un excelente brandy añejo, y ella un suave *anisette* con agua— Dios mío, ¿cómo pudo suceder eso?

—Nadie lo sabe —suspiró Patrick, interviniendo en la macabra charla—. El jefe de policía, Hewitt, investigó el caso minuciosamente, pero no pudo sacar nada en claro. Los arañazos no le causaron la muerte, evidentemente. Al joven Duncan Raven sí se le hizo la autopsia, pero todo se redujo a un paro cardíaco que motivó su muerte repentina. Una vez más, a la vista de su gesto, de sus cabellos erectos, se pensó en el miedo como motivo de su muerte, aunque resulta extraño que la gente tenga el corazón tan débil como para ser víctimas de un acceso de terror. En el caso de Raven, él era un hombre, y nadie recordaba en Sheffield que hubiese padecido jamás de ninguna debilidad cardíaca.

—En resumen: otra muerte extraña...

—Eso es —suspiró Sangster, sacudiendo la cabeza—. Tal vez algún animal le arañó después... o justamente cuando sufrió el susto mortal. Recuerde que debió equivocar el camino, en su embriaguez, y se fue por el pasaje que circula junto a las tapias del cementerio. Todo eso unido, pudo causarle el acceso de terror.

—Sí, es muy posible —pero evidentemente, Marlowe no compartía tal posibilidad.

Marla le miraba fijamente, como ansiosa por algo. Tras un silencio, aventuró ella con timidez:

—Usted... usted también ve algo raro en todo eso, ¿no es cierto?

—Mentiría si le dijese que no. Un caso de muerte por terror, en una mujer solitaria, en plena noche, resulta comprensible. Pero dos casos semejantes en poco tiempo, y el segundo haciendo víctima a un hombre ebrio... no parece tan convincente, ni mucho menos.

—¿Usted también cree, entonces, en... en un hecho sobrenatural? —musitó Marla.

—No —negó rotundamente Edmond—. Eso, no. No creo en los fantasmas, señorita Sangster.

—Yo, sí. Todo coincide, ¿no se da cuenta? Es como Lorna lo escribió... La catalepsia, el gato negro, las uñas y los arañazos, la venganza en uno de los seres que más daño le causaron, su antiguo prometido Duncan Raven...

—¿Por eso teme a los gatos negros? —sonrió Marlowe, mirándola fijamente.

—Si… —susurró ella, bajando los ojos estremecida—. Me asusta pensar que el alma de Lorna… vague por ahí bajo la negra forma de un gato…

—Son sólo leyendas. Como la catalepsia que cita en su Diario su hermana Lorna. Los escritores recurrieron a veces a cosas así para impresionar a nuestros lectores. No digo que no existan casos de tal dolencia, pero no son tan frecuentes como la gente cree. En cuanto a los gatos… rechazo que puedan ser almas en pena o cosa parecida. Debe tratar de no pensar en esas cosas, y ver los hechos con mucho más sentido práctico que hasta ahora. Por ejemplo: ¿cree que hay en Sheffield alguien capaz de ser un asesino?

—¿Un asesino? —ahora fue Sangster quien se sobresaltó—, ¿Qué quiere decir con eso, señor Marlowe?

—Resulta evidente que, si una misma persona se dedicó a asustar a ambos, a su sobrina y a Raven, es que lo hizo con el deliberado propósito de provocar su muerte. En ese caso, aunque fuese un simple bromista, estaríamos ante un asesino en potencia. A eso me refería.

—Un asesino en Sheffield… —sacudió la cabeza Patrick Sangster —. Cielos, nunca se me hubiera ocurrido… Y, sin embargo, tal como usted lo dice, no hay' sino dos posibilidades claras: o simple coincidencia… o un doble homicidio.

—¿Hay alguien que pueda matar causando miedo? —dudó Marla, enarcando sus finas cejas claras.

—No lo sé —confesó Marlowe—. En teoría, todo es posible. En la práctica, hacen falta ciertos factores. Por ejemplo: la debilidad de corazón de los atacantes. Y la habilidad del atacante para provocarles el pánico de alguna forma que no se me alcanza.

—A todo eso, habría que añadirle un tercer factor decisivo, amigo mío —suspiró Sangster.

—¿Cuál?

—Él motivo. ¿Qué motivo podría tener nadie para matar primero a Lorna, y luego a Raven?

—Cierto —confesó Edmond, con un gesto expresivo—. Ha tocado usted el punto más débil de mi teoría… a menos que se tratase, simplemente, de un maníaco, de un ser anormal, que disfruta con semejante juego macabro.

—Un loco asesino… que mata de terror —Sangster meneó la cabeza—. Inverosímil…

—Sí, sé que suena así —admitió Marlowe, ceñudo—. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué, amigo mío? —insistió el fabricante de mecheros de gas, con gesto preocupado, apurando su copa de buen brandy casi con lástima.

—Sin embargo, señor Sangster, algo está ocurriendo en Sheffield.

Algo muy extraño y alarmante. Algo que se sale de lo normal, y que quizá sea demasiado complejo para un simple jefe de policía de provincias. ¿Por qué no recurren a Scotland Yard?

—¿Scotland Yard? —repitió Patrick, asombrado—. ¿El jefe Hewitt? ¡Jamás haría eso, a menos que el propio Gobierno se lo exigiera! Y, a fin de cuentas, hasta el momento, ¿qué tenemos realmente, para que nadie se preocupe de lo que ocurre en Sheffield? Una joven solitaria, a la que le falló el corazón por un acceso de terror, según informe médico forense, y un muchacho ebrio, muerto junto a un cementerio, también víctima de un colapso que la bebida excesiva y cualquier fuerte impresión al lado del camposanto, pudo provocar. Con esos hechos, Scotland Yard nunca metería sus narices en nuestra ciudad, esté seguro de ello.

—Como les dije antes, son todos ellos acontecimientos dignos de un literato atormentado —reflexionó en voz alta Edmond, mientras tío y sobrina no quitaban sus ojos de él—. Yo acabo de firmar contrato con mis nuevos editores en Londres, y estoy obligado a escribirles una novela en el menor plazo posible. Les confieso que aún no tengo tema elegido, y ellos me pagan lo suficientemente bien como para que me preocupe de buscar algo realmente sugestivo. Creo que lo he encontrado.

—¿Qué quiere decir con eso? —los ojos de Marla se abrieron mucho, mirándole con una rara, profunda emoción, como presintiendo lo que iba a añadir Marlowe seguidamente.

—Quiero decir que, si ustedes no tienen inconveniente, voy a hacer un viaje a Sheffield…, alojándome, naturalmente, en cualquier hotel de la población, no como huésped suyo, señor Sangster. Es posible que en ese misterio pueda estar la idea que busco para mi relato.

—Tenga cuidado —murmuró Patrick—. Puede ser peligroso.

—Lo sé —sonrió Edmond—. Si existe realmente un asesino… será peligroso. Pero eso, evidentemente, dará mayor fuerza a mi obra…

*

Un viaje en tren a Sheffield era siempre una aventura por sí solo, como podía serlo viajar a cualquier región del norte del país en aquellos tiempos.

El tren era lento, incómodo y sucio. El olor a carbonilla y el excesivo traqueteo, no abandonaban nunca a los viajeros durante todo el trayecto. Las luces de queroseno, en el techo de los vagones, eran macilentas y tristes, dando a los rostros de los ocupantes de cada compartimento el aire de auténticos espectros, flotando en una penumbra maligna, en cuanto caía la noche sobre el paisaje recorrido por el convoy.

Sheffield no estaba demasiado al norte, pero sí más allá de los

Midlands, muy cercano ya a Manchester y Liverpool. El clima era más frío y más húmedo que en Londres, y las nieblas, quizá por eso razón, mucho más densas e incómodas. La llegada del convoy a la población, tenía lugar ya de noche, tras un viaje agotador. Solamente la lectura y la charla entre los tres viajeros, les hizo un poco menos fatigoso el trayecto.

—Ha sido una buena idea hacer este viaje juntos —comentó Edmond, al pisar el andén de Sheffield, mal alumbrado en medio de la neblina grisácea y pegajosa que les envolvía, y con la que las nubes de vapor de la locomotora se mezclaba en un amasijo maloliente y sucio —. No sé lo que hubiera sido de mí, viajando solo en este maldito tren.

—Digo lo mismo, Edmond —durante aquellas interminables horas de viaje, la relación entre los Sangster y su joven amigo de Londres habíase familiarizado inevitablemente, y ya se trataban como viejos conocidos, de un modo natural y casi obligado—. Es muy sugestivo viajar a Londres, pero el viaje de regreso resulta insoportable.

—¿No será Sheffield mismo lo que te resulta insoportable, querida Marla? —sonrió el tío Patrick, recogiendo sus maletas y encaminándose a la salida de la estación, donde se veían algunos calesines negros, detenidos en hilera, esperando viajeros para el centro de !a población,

Marla sonrió, cambiando una mirada significativa con Edmond, sin responder a lo que más que una pregunta, era casi una afirmación en labios de su pariente. Subieron a uno de los vehículos. El cochero, al reconocer a los Sangster, les saludó cortésmente. Se dispusieron a partir hacia la residencia de la familia. Edmond les recordó:

—Un momento, Sangster. Recuerde que debe dejarme en cualquier hotel de la ciudad. Es lo convenido...

—Conforme. No será nuestro huésped mientras permanezca en la ciudad. Pero al menos sí aceptará nuestra hospitalidad por esta noche, hasta que mañana, ya de día, elija el lugar para hospedarse. Personalmente, le aconsejo el hotel Comercio. Es el más confortable.

—Es muy amable, Sangster, pero no hice este viaje con ustedes para abusar de sus atenciones y...

—Lo sé, lo sé, Marlowe. De todos modos, esta noche será nuestro huésped. Quiero que conozca nuestra casa.

—¿Y a Jessica?

La pregunta de Edmond sorprendió a Patrick. Este asintió, mirándole.

—Y a Jessica, por supuesto —afirmó—. ¿Le interesa conocerla?

—Sí, me interesa mucho. Imagino que, pese a su estado de salud, será posible visitarla. No la molestaré mucho, por supuesto.

—Podrá verla e incluso hablar con ella. Pero, como usted dijo, sea

lo más breve posible. Ya puede imaginar lo impresionable que su estado ha vuelto a mi sobrina...

—Sí, lo imagino —miró a través de la ventanilla del calesín, al exterior. Luces difusas de gas salpicaban la densa niebla en derredor. Sacudió la cabeza—. Creo que en Sheffield, incluso yo mismo me volveré impresionable, Sangster.

—Es una ciudad muy triste —habló Marla—. Pero aquí transcurre nuestra vida, y no puede una soñar con otra cosa, Edmond. La factoría de aparatos para gas no funcionaría si mi tío Patrick abandonara el negocio. El es el alma de la industria.

—Tal vez no sea para tanto, pero los Sangster siempre permanecimos aquí —comentó Patrick pensativo—. Sería una traición a nuestro apellido y a nuestra familia, o poco menos. Pero los tiempos cambian, .y empiezo a pensar que mis sobrinas necesitan vivir en lugares más adecuados. Esto no es para la juventud... Algo que ni mis abuelos ni mis padres se pararon a pensar jamás.

El carruaje se detuvo finalmente en una zona de arboledas y campos ondulados, no lejos de una colina donde brillaban luces más intensas y abundantes que en toda la ciudad. Tanto, que destacaban con mucha más claridad que todas las de la población.

—La factoría —dijo Patrick con orgullo cuando vio la dirección de su mirada—. La Sheffield United Gaslight Company. Actualmente somos ya una sociedad anónima, pero yo, como miembro de los Sangster, conservo la presidencia de la compañía y soy su gerente general.

—Entiendo —afirmó Marlowe, encaminándose con ellos hacia la edificación rodeada de altas verjas y bien cuidados setos. Mentalmente, iba evocando los pasajes del relato de Marla, al relacionarlos con el escenario en que se hallaba. Aquí, en Sheffield, las cosas parecían tomar otra dimensión. Y uno, evocando lo que contaran tío y sobrina, no podía evitar el sentir un estremecimiento. Sí. En Sheffield podía existir el miedo. Y sería, sin duda, un miedo diferente al que se pudiera sentir en Londres. Otra clase de miedo... Pero dudaba que sólo el miedo, por fuerte que fuese, tuviera suficiente poder para matar a las personas...

Entraron en la casa. El vestíbulo aparecía bien iluminado. Todo luces de gas, por supuesto. Otra cosa, hubiera resultado un contrasentido. Los muebles eran sólidos y de excelente calidad. Una escalera arrancaba hacia la planta alta, formando curva. Junto a ella, sobre una repisa, un amplio cuadro enmarcado colgaba del muro. Era un óleo con una figura de mujer, cuyo rostro resultó familiar a Edmond.

Se volvió a Marla. Ella respiró hondo.

—Era ella. Lorna, mi hermana... —suspiró.

—Lo sé —asintió Marlowe—. Vi su fotografía en el billetero de su tío. Era... era muy hermosa.

—Sí, lo era —Marla miró el gran cuadro. Inclinó la cabeza y cerró sus ojos un instante. Luego, tras un silencio, añadió con lentitud—: Pero no era sólo eso... Poseía algo especial en toda ella. Su personalidad, su magnetismo, su modo de hablar y de mirar... Era una mujer maravillosa, Edmond. Los hombres la miraban con fascinación, las mujeres con envidia... En cambio, Duncan Raven la abandonó por otra. Raven nunca fue inteligente ni sensible. Sólo buscaba dinero...

—Y encontró la muerte —Marlowe miró al cuadro—. Igual que ella...

—Sí. Igual que ella... —Marla suspiró, mientras un mayordomo se hacía cargo de las prendas de abrigo del huésped—. Venga, por favor. Dejemos ahora de hablar de Lorna. Ya hemos hablado suficiente en estos últimos tiempos...

—¿Quién fue el artista que pintó ese cuadro? —se interesó Edmond.

—Un aficionado de la localidad, un hombre que fue gran amigo de los Sangster. También ha muerto, antes de desaparecer Lorna. Se llamaba John Bryans. Y, por cierto, su esposa, Sarah Bryans, se ha pasado la vida hablando mal de su difunto marido y de Lorna... solo porque él le hizo ese retrato y amaba la belleza. Pero puedo asegurarle que Lorna no era de esa clase de chicas que coquetean con cualquiera. John Bryans era un interesante maduro que amaba el arte... y nada más. A la señora Bryans debería haber alguien lo bastante decidido pomo para cortarle su viperina lengua. Es una comadre llena de veneno y de mala fe hacia los demás.

Edmond Marlowe no comentó nada. Estaba mirando fijamente aquel gran retrato mural, con la misma muchacha entre hermosa y fantasmal, que viera erguida ante la mansión de los Sangster, en la fotografía color sepia. Una muchacha de cabellos largos, sedosos, oscuros, enmarcando una cara ovalada, de nariz breve, de ojos profundos y grisáceos, de labios carnosos y suave mentón. Manos largas, esbeltas, marfileñas, apoyadas en los pliegues de un largo vestido verde oscuro, aterciopelado.

Parpadeó Marlowe, desviando la mirada al dirigirse hacia un salón biblioteca, guiado por Marla Sangster. Era curioso, pero costaba trabajo desviar la mirada de aquella imagen pintada al óleo. Como si algo vital, magnético, escapara del cuadro. Como si algo de lo que fue realmente Lorna Sangster sobreviviera a su muerte y continuara allí, flotando, intangible, en la atmósfera de la casa de los Sangster...

A Edmond le sorprendió algo apenas entró en la confortable biblioteca, provista de muros de excelente madera, suelos alfombrados en rojo oscuro, muebles también de tonos oscuros,

pesados y sobrios, cortinajes, estanterías repletas de libros, cuadros y un hogar con repisa de mármol. En la chimenea, ardía el fuego, crepitando alegremente los leños enrojecidos. En la repisa, un reloj de mármol y metal dorador hacía sonar un melodioso tic-tac, marcando puntualmente la hora, entre figurillas de porcelana inglesa. Todo estaba bellamente decorado, todo armónico y correcto.

Todo… menos aquel soporte o pilar de mármol, en un rincón, sin nada encima. Totalmente desprovisto de objeto que sustentar. Pero sus agudos ojos captaron una especie de leve rodela descolorida, allí donde alguna vez se apoyó algo. „

A su lado, la voz de Patrick Sangster informó escuetamente:

—Allí hubo una vez un hermoso gato negro, de porcelana. Ya imaginará por qué no está ahí…

Asintió, sin comentar nada. Un gato negro. Algo que había llegado a ser maldito en aquella casa. Unas notas de un diario, un temor en una mujer asustada que parecía obsesionada por una superstición sin sentido… Extraños, misteriosos sucesos los que tenían lugar en aquel sitio. Edmond Marlowe se preguntó si no habría encontrado realmente un manantial de ideas y de sugerencias… o algo mucho más oscuro y siniestro, capaz de amenazar incluso a su propia vida.

Pero ya no podía volverse atrás. Ni quería. Estaba en Sheffield. En casa de los Sangster. Si allí había materia para su libro, la recogería y la trasplantaría a las páginas manuscritas. Si había peligro… lo afrontaría. Estaba dispuesto a ello. Fuese cual fuere ese peligro.

Lo cierto es que, pensándolo bien, no sabía si había ido a Sheffield exactamente por buscar tema para un libro, por conocer más a fondo el misterio de los Sangster…, o por interés hacia Marla, la joven sobrina del industrial.

Ahora, mientras se sentaba con los Sangster a saborear un oporto en su biblioteca, se preguntaba también a sí mismo:

«¿Es por algo de eso… o porque ya antes de ahora me atraía el retrato de esa mujer de cabellos oscuros, de ojos grises, de rostro ovalado, de alta figura y de manos marfileñas… De Lorna Sangster, en suma?»

CAPITULO IV
JESSICA

Edmond Marlowe contempló en silencio a sus compañeros de mesa. Por unos instantes, nadie en el amplio comedor de la residencia dijo nada. Era posible que, mientras saboreaban la sobremesa, cada uno estuviera reflexionando sobre algo diferente. O quizá sobre lo mismo.

La cena había tratado de ser cordial. Por parte de los Sangster, lo fue cuando menos. Pero había algo en aquella casa que enfriaba las mejores intenciones. No era una mansión siniestra ni oscura. Y, sin embargo, ese algo indefinible estaba allí presente, como un soplo gélido que barriese las estancias de alto techo artesonado, de resultas de una corriente de aire. No obstante, puertas y ventanas estaban bien cerradas en la húmeda noche brumosa, y el fuego ardía en los hogares de la casa, dando un tibio clima a sus habitaciones. ,

Por tanto, era un frío diferente el que se captaba en la atmósfera hogareña de los Sangster. Un frío que no era material, pero que podía sentirse intensamente en algunos momentos.

Habían cenado solos los tres. La curiosidad por conocer a Jessica, seguía viva dentro de Edmond. Pero recordó que su estado de salud era delicado, y posiblemente permanecía recluida en sus habitaciones.

Patrick Sangster pareció adivinar sus pensamientos. Fumando un cigarro —que Edmond había rechazado, por no ser amante de los mismos—, tuvo de pronto una leve sonrisa, miró a su huésped y comentó con voz suave:

—Supongo que se preguntará por qué no ha bajado a cenar Jessica...

—La verdad es que sí, me lo pregunté. Pero imagino que es a causa de su salud.

—Supone bien. No se mueve del lecho o, como máximo, de su habitación. Pero no es precisamente por prescripción médica. El doctor Enfield opina que debería salir, pasear, distraerse lo más posible. Es ella, ella misma, quien se obstina en permanecer sola, alejada de todos, aislada en su propio mundo. Forma parte de la extraña psicosis que le ha afectado.

—Comprendo. Debe resultar muy doloroso todo eso...

—Mucho —asintió gravemente Marla—. No contento con mis crisis nerviosas de terror, tío Patrick tiene también que soportar la dolencia de Jessica. En realidad, puede decirse que no le damos demasiadas satisfacciones a mi pobre tío.

—Bah, ya sabes que me he sabido amoldar a todo, y lo llevo bastante bien —suspiró el aludido, sacudiendo la cabeza—. En fin, cuando antes subí a ver a Jessica, estaba bastante bien. Creo que

soportará la presencia de un desconocido sin alterarse demasiado. Cuando quiera, Marlowe, iremos a ver a mi sobrina…

Afirmó Edmond, algo preocupado. Se pusieron todos en pie. Marla echó a andar delante de ellos, abriendo camino hacia las amplias escaleras ascendentes.

—Yo entraré antes —dijo—. Le informaré a Jessica, para que no se sobresalte. Con ella, uno nunca puede saber cómo reaccionará…

Los dos hombres siguieron a la joven en silencio. El resto de la casa era tan señorial y confortable como lo que Edmond viera hasta entonces. Pero quizá esa sensación de frialdad era más perceptible aún en la planta alta, especialmente a lo largo del prolongado corredor lleno de puertas. En alguna parte, sonaban notas de piano. Marla se volvió a ellos, ya en el fondo del corredor, parada ante una puerta, y les hizo un gesto indicando que esperasen.

Entró ella en una estancia, tras golpear suavemente con los nudillos en la puerta. Las notas de piano fueron por un momento más audibles. Luego, cesaron por completo. Patrick explicó en voz baja:

—Jessica acostumbra a tocar el piano. Eso es buen indicio. Le gusta hacerlo, y sobre todo cuando sus nervios están más suavizados. Por el contrario, Lorna aborrecía el piano, aunque también aprendió a tocarlo, por disposición de su padre. Mi hermano Henry era un gran amante de la música… Bien, vamos. Creo que ya es tiempo.

Caminaron hasta la puerta aquella. Edmond dejó que Patrick le precediese unos pasos. Todo cuanto se hiciera para evitar emociones y choques bruscos a Jessica Sangster, tanto mejor sería. Una neurótica es siempre un personaje difícil de catalogar y sus reacciones muy difíciles de prever.

Cuando Patrick abrió la puerta, oyó el suave murmullo de la voz de Marla:

—…Es todo un caballero. Se dedica a escribir libros, y en Londres se portó muy bien con tío Patrick y conmigo… ¿Además, es muy guapo, Jess…

No hubo respuesta. Era como si Marla estuviera hablando sola consigo misma. Pero un leve suspiro llegó hasta sus oídos. En ese momento, Patrick Sangster entró en la cámara. Y tras un segundo de espera, Edmond le siguió.

La estancia estaba alumbrada, como todas, con luz de gas. Las pantallas eran de vidrio rosado, con dibujos esmerilados, semejando quinqués. A su claridad, Edmond Marlowe pudo ver la alta figura vuelta de espaldas, hablando, o simplemente mirando, a Marla.

Descubrió una alta y esbelta línea de mujer, cabellos de suave brillo oscuro, como seda… Patrick habló:

—Querida Jessica, este caballero es Edmond Marlowe, nuestro amigo de Londres. Y por esta noche, nuestro huésped. Marlowe, mi

sobrina Jessica…

—Es un placer, señorita Sangster —comenzó a decir Edmond, lleno de curiosidad, mientras Jessica se volvía lentamente hacia él.

Cuando la tuvo frente a sí, serena y majestuosa, no fue ella quien sufrió una tremenda alteración ni se sobresaltó.

Fue Edmond mismo quien sintió vacilar el suelo bajo sus pies, y sufrió la impresión más fuerte imaginable.

Porque aquella mujer no era Jessica. Estaba delante de la propia dama del cuadro, la hermosa mujer de cabellos oscuros, ojos grises, manos marfileñas, rostro ovalado… ¡Aquella era Lorna Sangster, la mujer muerta!

*

—Lo siento muy de veras, Marlowe. Debimos haberle advertido, pero ni siquiera se nos ocurrió a Marla ni a mí…

—Cielos, es que… me ha resultado tan increíble… —musitó Edmond, todavía profundamente impresionado.

—Le creo. El hecho de saber nosotros esa circunstancia, hace que termine uno sin concederle importancia alguna, y se nos olvidó mencionarla antes de que usted la conociese.

Marlowe guardó silencio unos instantes. Marla habló con tono triste:

—Sí, Edmond. Es… es como enfrentarse al cuadro que vio usted abajo, o a la fotografía que lleva mi tío en su cartera. Sin embargo, no es un caso excepcional, ni mucho menos. Tenga en cuenta que Lorna y Jessica… fueron gemelas.

—Sí, claro. Ahora lo entiendo. Pero ignorándolo… El parecido es asombroso.

—Eran idénticas, esa es la verdad —suspiró Patrick—. Como dos gotas de agua… Luego, Jessica se produjo esa cicatriz que usted ha visto en su mejilla. Es lo único que las diferenciaba. Lorna no tenía cicatriz alguna. Además, Lorna era más vital, más fuerte. Jessica siempre fue la más delicada.

—La cicatriz no es tan visible. Al menos, no mientras está uno a relativa distancia de ella, y según como estén las luces. Por tanto, para mí era exactamente igual a la difunta. Creo que dominé bien mi impresión…, pero también creo que ella lo notó.

—Jessica es muy aguda —asintió .Marla—. De todos modos, debe sentirse satisfecho. Usted parece haberle caído bien. Incluso le sonrió. No acostumbra a suceder así con los desconocidos. Se alteró primero ligeramente, al anunciarle su visita, pero luego la noté muy tranquila en su presencia. Es evidente que usted proporciona confianza y simpatía en las personas, Edmond. Al menos, en las mujeres.

Sonrió Marlowe, sin comentar nada. Su mirada seguía siendo preocupada.

—Me halaga que fuese así —habló al fin, tras una pausa—. Pero lo que pensé fue en ella. Su mirada es triste, profunda, como ausente...

—Sí, se volvió así al sufrir su primera crisis. Dice el doctor .Enfield que no se ha agravado su estado. Pero tampoco mejora. Una neurosis fuerte es difícil de curar.

—Comprendo que la presencia de ella, aún debe hacer más difícil olvidar a Lorna —hizo notar Edmond—. Ese parecido tan extraordinario... conservará vivo el recuerdo.

—Es cierto. Aun estando habituados a ver a ambas juntas, con su gran semejanza que las hacía parecer casi iguales, con ligeras diferencias, como esa cicatriz o la forma de peinarse, uno cree a veces ver llena de vida a Lorna —Patrick sacudió la cabeza—. Pero como todos sabemos que no es así, procuramos en seguida borrar esa idea de la mente. Ahora, amigo Marlowe, si lo desea, le mostraremos su habitación para esta noche. Supongo que estará cansado y deseará retirarse pronto a dormir.

—Supone bien, Sangster —sonrió Edmond—. Creo que es algo que nos sucede a los tres... Además, mañana quisiera madrugar para buscar con calma el alojamiento en la población.

—Ya sabe que, si lo desea, nos veríamos muy honrados y satisfechos si decidiera quedarse con nosotros aquí y...

—No, Sangster, gracias —rechazó Marlowe—. Le aseguro que me sentiría muy bien aquí, pero prefiero ver las cosas desde fuera de esta casa, puesto que fuera de aquí sucedió todo. Recuerde que he venido a escribir un libro, no a disfrutar de unas vacaciones. Pero si soy bien recibido, vendré a menudo a visitarles.

—Será muy bien recibido —aseguró Marla, mirándole fijamente, con una singular expresión luminosa en sus ojos verdes—. Se lo aseguro, Edmond. Venga siempre que quiera y pueda. Le estaremos esperando.

—Gracias —dijo Marlowe. Y no pudo separar sus ojos de las hermosas, fascinantes pupilas de la joven. Además de resultar agradable, le atraía aquella mirada. Al bajar levemente sus pupilas, observó que el pecho de la joven palpitaba con más fuerza y ritmo de lo normal, alzando y bajando las formas de sus erguidos senos bajo la seda azul de su vestido.

Esa noche, cuando se quedó solo en su dormitorio y trató de conciliar el sueño, dejando reposar su cansado cuerpo entre las blancas y crujientes sábanas, evocó a Marla. Hermosa e inquietante. Seductora.

De pronto, se le cruzó de nuevo en sus pensamientos la imagen del cuadro. No era Jessica, porque la mujer de sus pensamientos llevaba el cabello suelto, liso, golpeando 'sus hombros. Y no tenía cicatriz, ni ojos tristes y lejanos, sino una extraña energía, una fuerza vital que

contrastaba con la fragilidad de su alta figura y de sus blancas manos.

Era Lorna. Estaba pensando en ella, y era un pensamiento que absorbía todos los demás, incluso la evocación de la sensualidad de Marla.

No le gustó. No era agradable pensar en muertos. Y menos aún en una mujer muerta. Tenía algo de morboso, de inquietante. Edmond Marlowe jamás había comprendido la necrofilia.

Y sin embargo…

Sin embargo, al dormirse profundamente, soñó con Lorna Sangster. La vio ante él, en su propia alcoba, llena de vida, acercándose a él…

Cuando despertó, sobresaltado y con un sudor frío empapando su piel, el gato negro se precipitaba sobre su lecho, con los ojos fosforescentes y las uñas engarfiadas, dirigidas a su rostro,..

*

Fue un despertar escalofriante e inexplicable.

La visión del negro felino, arqueado el lomo, desplazándose en el aire, hacia su lecho, con el pelo erizado y exhibiendo sus incisivos en un bufido sordo, mientras sus uñas parecían dispuestas a desgarrarle los ojos, parecía formar parte de su pesadilla.

Pero era real. Estaba sucediendo.

Durante una décima de segundo, Edmond Marlowe no supo qué hacer. Se quedó erguido en el lecho, petrificado, la mirada dilatada, fija en el negro animal que parecía salido de los propios infiernos.

Luego, sin embargo, reaccionó. Muy a tiempo.

Aferró la almohada, alzándola con celeridad y situándola ante sí. Cubrió su rostro y manos con ella, y el gato cayó, acolchado, encima de la misma, desgarrándola con sus curvadas uñas.

Rápidamente, Edmond lanzó lejos de sí almohada y gato. Este exhaló un bufido de ira, y el joven escritor saltó del lecho, tomando un taburete que arrojó sobre el animal, sin contemplaciones, pese a que detestaba tener que causar daño a animal alguno.

El gato exhaló un ronco maullido y escapó, tras recibir el impacto de la banqueta, con su pelo más erizado que nunca. Cruzó la habitación, saltando al alféizar de la ventana, desde donde se volvió un momento, clavando malignamente sus ojos amarillos en Edmond, antes de desaparecer en el oscuro exterior.

Jadeante aún, Marlowe sacudió la cabeza sin poder dar crédito a sus ojos. La presencia del gato negro en su habitación, era un puro contrasentido. Recordó que Patrick Sangster incluso había mencionado una desaparecida porcelana representando un gato de ese color. Dados los terrores de Marla, resultaba difícil imaginarse un felino en el hogar de los Sangster. Pero lo había.

Luego, estaba el segundo factor extraño. La ventana.

Cuando él se acostó, igual que al entrar en la habitación, esa ventana estaba cerrada, al parecer herméticamente. Ahora, estaba entreabierta. Lo suficiente para escapar por ella el misterioso felino. Y quizá también para haber entrado.

Se asomó a ella, intrigado. No vio otra cosa que los jardines circundantes, envueltos en el sudario gris y frío de la niebla. Del gato, o de cualquier otra presencia viviente, ni rastro.

Regresó al interior, con el ceño fruncido, tras cerrar herméticamente la ventana, esta vez con pestillo y desde el interior. Esperaba que eso impidiera cualquier otra desagradable sorpresa.

No quiso dar aviso a nadie ni provocar la alarma Si Marla se enteraba del suceso, podría sufrir una crisis demasiado fuerte. Porque esta vez, Edmond estaba seguro, no se había tratado de una simple alucinación. El gato existió. La mejor prueba de ello, eran aquellos profundos desgarros en la almohada.

—Mañana se lo diré, antes de partir hacia la población, tan solo a Patrick Sangster —se dijo entre dientes, regresando a la cama.

En esta ocasión tardó en dormirse. Pero al menos, no tuvo pesadillas.

CAPITULO V
MUERTE

El hotel Comercio era, como dijera Sangster, confortable y acogedor, sin ser excesivamente lujoso. Además, se hallaba en pleno centro de Sheffield y su cocina gozaba de excelente fama en la población.

Patrick le había acompañado hasta allí, recomendándole a los dueños del hotel, y Edmond le refirió durante el camino los extraños sucesos de la noche antes. El asombro de Patrick había sido enorme. Marlowe, que había guardado consigo la funda de la almohada, se la entregó con evidencia, y una cierta incredulidad que viera asomar a los ojos de su anfitrión se disipó inmediatamente, para ser substituida por un absoluto desconcierto.

Sangster había sido rotundo en eso: en la mansión no había un solo gato negro ni de ningún otro color, desde que Marla leyó el diario de Lorna y se sugestionó con tajes" supersticiones.

Por otro lado, en noches así se cerraban herméticamente las ventanas, a menos que el huésped deseara abrirlas. Y, ciertamente, resultaba muy difícil, por no decir imposible, imaginarse a un gato entrando por aquella ventana, demasiado alta y sin arbustos cerca para saltar el felino al interior.

Eso daba paso a una inquietante posibilidad: que el gato hubiese entrado por la puerta. Pero ésta la cerró Marlowe con llave al acostarse, si bien no creyó necesario asegurarla con el pestillo. Sangster, afirmó que la única copia de las llaves de la casa, estaba en su poder. Tendría que mirar si alguien había tocado el manojo de las mismas.

Muy preocupado y absorto se alejó de él Sangster, tras dejarle alojado en el hotel Comercio de Sheffield. Ya no se trataba solamente de temores imaginarios de su sobrina Marla. Realmente, *existía* algo de todo ello. Edmond recordó las gotas oscuras en la cornisa de la pared del hotel en Londres, cuando Marla sufrió aquella pretendida alucinación, y el arañazo en su mejilla y mano... La teoría de que se lo causó ella misma en su crisis, no había convencido entonces a Marlowe. Y ahora, menos aún.

¿Existía realmente ese gato diabólico? ¿Creía Sangster más de lo que decía en hechos sobrenaturales y criaturas de ultratumba, cuando llevaba bajo su chaleco un crucifijo de plata?

Eran muchas las interrogantes que se hacía Edmond a sí mismo en estos momentos, en tanto se acomodaba en su nuevo alojamiento, y todas ellas parecían apuntar en una dirección imposible: Lorna.

Los temores de catalepsia de Lorna, su terror a ser sepultada viva en un ataúd, la supersticiosa idea de que el alma reencarnaba en un

gato infernal, si esto sucedía... Extrañamente, algunas de esas cosas parecían cumplirse de forma siniestra e inexplicable. Pero Edmond no quería creer en cosas de ultratumba. No deseaba obsesionarse como Marla Sangster, con una idea como aquélla.

La muerte de Lorna, y posteriormente la de su antiguo prometido, Duncan Raven, sí constituían un misterio estremecedor. El horror que ellos vieron ante sí, ¿era sobrenatural... o era de este mundo?

Ahí estaba el *quid* de la cuestión. Quizá en ello estaba la clave, y todo lo demás se aclararía por sí solo, en cuanto hubiera suficiente luz sobre las dos muertes.

Una luz que él se había empeñado en buscar, llevado por un espíritu quijotesco, por un impulso caballeresco digno de la Edad Media y no de aquellos tiempos. Lo hacía por Marla, de eso no tenía ninguna duda. Quería ayudarla a ahuyentar de sí los espectros de sus terrores. Pero ahora, insistentemente, una sombra se interponía entre él y Marla: el recuerdo de Lorna. La imagen de la mujer muerta y enterrada.

—Lorna... —susurró Edmond para sí, en la soledad de su habitación del hotel, terminando de poner su equipaje en orden, repartido en los cajones de un mueble alto y pesado—. ¿Por qué tú, Lorna? Jamás nos vimos en este mundo, no te he visto sino en un cuadro y una borrosa fotografía... o en el parecido físico de tu hermana gemela. Y, sin embargo, sé que algo en ti me atrae, me fascina... y me inquieta. Algo que no posee Jessica pese a ser casi idéntica a ti... Algo que está en ese óleo, en esa fotografía... en el recuerdo mismo de tu persona...'

Sacudió la cabeza, irritado consigo mismo. Era peligroso pensar tanto en una muerta. No debía dejarse vencer por sentimientos morbosos. No podía sentirse atraído o subyugado por alguien que ya no existía, de cuyo cuerpo sólo quedarían restos putrefactos en un féretro...

«Las uñas de los muertos crecen mucho...»

Se estremeció. Era una frase de Lorna. No quiso imaginarla allí dentro, con los cabellos negros increíblemente largos, con las uñas crecidas hasta lo monstruoso, sobre residuos de carne humana putrefacta, de huesos que servirían de sendas a los gusanos...

¡Respiró con fuerza. El sudor frío volvía a perlar su frente, como la noche anterior, durante su pesadilla. ¿Por qué pensaba en todo eso? ¿Por qué?

Y desesperadamente, casi con rabia, apartó de su mente otra idea delirante y atroz que saltó a su cerebro desde la evocación de las páginas de un diario de mujer: un rostro humano crispado, de expresión terrible, unas uñas desgarradas en el esfuerzo por arañar el féretro y salir de la tumba... Catalepsia... No, no. Era demasiado

horrible.

Edmond Marlowe se secó el sudor. Abandonó la habitación del hotel, y se encaminó a visitar a una persona de Sheffield a quien deseaba hacer algunas preguntas.

El doctor Enfield, que firmó los certificados de defunción de Lorna Sangster y de Duncan Raven…

*

—Sí, señor Marlowe —el hombre de cabellos canosos le miró afablemente desde su rostro enjuto y curtido, flanqueado por las patillas blancas—. Yo soy el médico forense de Sheffield desde hace muchos años. Antes, era el único médico del lugar, pero esta ciudad ha prosperado mucho con sus industrias, y ahora ya hay algunos más. Yo mismo, tengo un auxiliar que antes fue discípulo mío y ahora ya tiene su título: el doctor Peter Quayle. Un gran muchacho con excelente futuro en la profesión. Ya me voy sintiendo viejo y cansado.

Era locuaz y se extendía fácilmente en amplias respuestas a cualquier pregunta. Edmond trató de evitar su verborrea, yendo al grano directamente.

—Soy escritor. Quiero escribir una obra sobre sucesos inexplicables. Los de Sheffield me parecen adecuados para mi libro. Me refiero a la forma de morir Lorna Sangster y Duncan Raven. Creo que usted ya me entiende.

—Lorna y Raven… —asintió despacio el galeno—. Sí, por supuesto. Sé lo que quiere buscar. Pero no encontrará mucho. Ambos murieron de ataque cardíaco, en plena calle.

—Y ambos con el rostro alterado por el pánico.

—Muy cierto. No creí necesario hacer la autopsia a Lorna. Pero sí a Raven. En este caso, se probó el colapso fatal. Supongo que también se hubiera probado con Lorna. Los dos sufrieron un susto de muerte. Pero no es cosa del médico, sino de la policía, saber qué o quién asustó de ese modo a ambos jóvenes…

—¿No cree usted, doctor, en la posibilidad de un error al firmar la defunción de Lorna? —preguntó de repente Edmond.

—¿Error? —el médico enarcó las cejas, mirándole airado—. ¿Qué quiere usted decir?

—No se ofenda, doctor. Ha sucedido otras veces. Me refiero a… a un estado de catalepsia, del que luego pudiera Lorna recuperarse, una vez sepultada, y…

—Mi joven amigo, no siga —le cortó bruscamente el doctor Enfield—. Sé adónde va a parar. Si le han influenciado las tonterías que dice Marla Sangster; vaya olvidándolas de una vez por todas. Yo soy el único médico de los Sangster, y asisto a Marla y a Jessica. Sé lo que ocurre con Marla, y puedo asegurarle que todas esas cosas sólo existen en su imaginación. Lorna era una joven muy inteligente y

sensible, y eso le llevó a sentir dudas y temores exagerados. Le aseguro que no pudo haber estado cataléptico alguno en ella. Estaba muerta, definitivamente muerta, cuando yo examiné su cuerpo.

—Perdone si le molesté. Es que quiero comprobarlo todo, antes de escribir alocadamente sobre el tema. Al hacer la autopsia a Raven, ¿descubrió qué pudo causarle los profundos arañazos que tenía en rostro y cuello?

—Un animal, evidentemente —le miró con gesto hosco el médico —. No necesariamente un gato negro, como cree Marla. En el lugar donde cayó, junto al cementerio, acostumbra a haber ratas. Y también gatos, claro. Cualquiera pudo pasar sobre él, arañarle sin querer, o bien afilarse las uñas en el cuerpo inmóvil. Pero no eran arañazos graves. Hubiera sanado de ellos, dejándole apenas unas leves señales. De modo que eso no pudo causarle tanto terror. Es más, la sangre que brotó de los arañazos era bastante espesa ya. Debió sufrirlos cuando acababa de morir.

—Supongo que usted no tiene la menor idea de quién podía desear matarles... como médico que es, no sabrá de ningún loco peligroso en esta ciudad, que pueda llegar al crimen, a través de un susto mortal provocado en sus víctimas...

—Ciertamente, señor Marlowe, hay mucho chiflado en Sheffield, pero no tanto —rió entre dientes el doctor Enfield—. Esa teoría es simplemente descabellada.

—Lo imaginaba. —Edmond se encaminó a la salida tras estrechar su mano—. Bien, doctor, gracias por todo... y disculpe la molestia.

—Oh, de nada, amigo mío —el médico le acompañó hasta la puerta—. Ha sido un placer poder ayudarle. Pero le repito: olvide esa historia del gato negro y de la catalepsia. La joven e infortunada Lorna, debía tener su cabecita saturada de literatura tremendista. Espero que lo que usted escriba, diste mucho de ser igual. Buenos días, señor Marlowe... Y feliz estancia en Sheffield.

Inclinando su cabeza cortésmente, Edmond se alejó calle abajo. La mañana era fría, nubosa y con una leve neblina que, unida a los humos industriales de Sheffield, formaba sobre la ciudad un vaho sucio, cada vez más próximo al mojado suelo.

—¡Eh, usted! —siseó alguien, a su espalda.

Edmond se volvió, sorprendido. Un joven de mediana estatura, agradable presencia y cabellos rizados, muy rubios, le hacía señas desde la puerta inmediata a la consulta del doctor Enfield. Marlowe regresó, al asentir aquel joven haciendo señas afirmativas de que era a él a quien se dirigía.

—Usted dirá... —habló Edmond, intrigado—. ¿Desea algo, caballero?

—Sí. Usted acaba de visitar al doctor Enfield... Yo soy el doctor

Quayle, su ayudante y discípulo. Les oí el final de su conversación, y no quise que se marchase sin decirle algo que él no mencionó.

—¿Y qué es ello, doctor?

—Cuando murió Lorna... yo aún no tenía el título, pero trabajaba ya con el doctor Enfield. Yo... yo le aconsejé que no firmase el certificado de defunción hasta no estar totalmente seguro de que ella no sufría de catalepsia. Y si se aseguraba de ello debía también de hacerle la autopsia, por si aclaraba algo.

—¿No le hizo caso él?

—No, ninguno. Afirmó que no se trataba de estado cataléptico alguno. Y que era innecesario causar a la familia Sangster el trastorno de la autopsia, puesto que estaba seguro de que murió de miedo, y nada más.

—¿Había alguna razón que le aconsejara a usted sospechar que el doctor Enfield no estaba en lo cierto?

—Ninguna de tipo clínico, por supuesto. Pero yo fui buen amigo de Lorna Sangster. Sabía lo mucho que le preocupaba un posible entierro prematuro. Había leído ciertas obras de un autor americano especializado en historias de terror, un tal Poe... Creo que estaba influenciada por esas lecturas, pero era mejor estar absolutamente seguros de que sus terrores no se cumplían. A veces, una obsesión puede provocar una dolencia real. Y me aterraba la idea de que el miedo de Lorna a la catalepsia pudiera llevarla a ella a un estado semejante... Por eso actué de ese modo, sin conseguir nada del doctor Enfield.

—Entiendo. En cuanto a la autopsia... ¿era sólo por razones puramente clínicas?

—No —negó rotundamente el rubio doctor Quayle, mirando a Edmond fijamente—. Era por algo más. Algo concreto, que me hacía sospechar.

—Sospechar... ¿qué?

—Un asesinato.

Edmond no dijo nada de momento. Apretó los labios. Sus ojos centellearon, fijos en el joven médico. La palabra no le impresionaba, porque él había pensado igual. Pero veía que ya no estaba solo en esa tesis.

—Asesinato... es una palabra muy fuerte —comentó al fin, evasivo.

—Lo sé. Pero matar de miedo a alguien, es asesinar, a fin de cuentas.

—¿Cree que fue un miedo provocado por otra persona?

—Estoy seguro.

—Lorna tenía el corazón algo débil, creo. Pero no así el joven Raven...

—¿Sabe usted que existen alcaloides que no dejan residuos en el cuerpo humano, y que sin embargo ayudan a paralizar un corazón ante cualquier impresión demasiado fuerte?

—¿Supone que pudo haber algo más que miedo? —Marlowe se sentía profundamente interesado por las palabras del doctor Quayle—. ¿También... un veneno?

—Llámelo como quiera. Una droga ingerida por ambos, momentos antes de suceder la crisis fatal. Una impresión ayuda a detener el corazón... y el crimen está cometido. Limpiamente y sin dejar huellas.

—Pero hace falta darles a ingerir esa droga, doctor Quayle...

—Casualmente... ambos habían estado el día de su muerte en un mismo sitio, poco antes de morir. Lo he comprobado sin lugar a dudas.

—Y supone que allí les inocularon la droga...

—Sí. Pudo ser así. Pero no hay pruebas, por supuesto.

—Imagino que no va a decirme usted el lugar ni la persona que...

—¿Por qué no? Si está buscando material para un libro, es mejor que lo sepa todo. Por eso le llamé... El joven Raven, en la noche de su despedida de soltero, ' y Lorna Sangster el día que apareció muerta en una calle de la ciudad... estuvieron poco antes en casa de la señora Sarah Bryans... La viuda del hombre que pintó un hermoso cuadro a Loma...

*

La cantina de Sarah Bryans ocupaba un chaflán, en un barrio industrial de la ciudad, no lejos del sendero que conducía a la colina donde se alzaba la factoría de la compañía Sheffield United Gaslight Era un pequeño y oscuro edificio de dos plantas, destinado a negocio y vivienda.

En la cantina había estado aquella noche Duncan Raven, celebrando su despedida de soltero. Fue de las últimas en visitar, según le había dicho el doctor Quayle a Marlowe.

Arriba, en la vivienda, había estado Loma Sangster la tarde misma de su muerte, visitando a la viperina señora Bryans, con el vano propósito de obtener de ella otro pequeño cuadro que su marido hiciera de Lorna. Cuadro que, al parecer, ella había destruido apenas murió su esposo. O al menos, eso dijo a Lorna aquella tarde.

Edmond había hecho entonces una simple pregunta . al doctor Quayle:

—¿Y cómo sabe usted todo eso, si Lorna murió poco después?

La respuesta del rubio y joven médico no se hizo esperar:

—Yo fui la última persona que vio viva a Lorna ese día... con excepción de quien le diera el susto mortal. Nos encontramos a cosa de cuatro manzanas del lugar donde apareció sin vida. Ella iba muy disgustada, y me refirió lo .sucedido con la señora Bryans. Esa mujer

es una harpía. Luego nos separamos… y ya no la volví a ver viva nunca más.

La cantina estaba cerrada. No se servía nada alcohólico en Sheffield hasta las cinco de la tarde, como en muchos otros lugares de Inglaterra. Edmond se encaminó a la puerta de la vivienda, situada junto a los cerrados ventanales de la cantina.

Golpeó con un llamador y eso hizo entreabrir la puerta, que no estaba cerrada. Pese a ello, Edmond esperó discretamente. Al no acudir nadie, volvió a llamar una vez más. Tampoco acudieron a atenderle.

Asomó al interior, lóbrego y sombrío. Vio una escalera angosta que subía a la planta alta. La casa olía a humedad y a mantequilla agria. Llamó desde allí:

—¡Señora Bryans! ¡Señora Bryans, por favor! Necesito hablar con usted…

Tampoco le contestó nadie. Alcanzó a ver Edmond el débil brillo de una luz amarillenta, allá arriba. No parecía ser del día, sino producida por el gas. Tal vez la señora Bryans gustaba de vivir con las ventanas cerradas.

Decidido, Edmond comenzó a subir los escalones. Estos crujían bajo su calzado lastimosamente, como ataúdes que se abriesen. La madera estaba vieja y agrietada. Llegó a la planta alta. Varios mecheros de luz de gas brillaban en las paredes. Hacía allí dentro un calor húmedo, de lugar cerrado. Un olor fétido, indefinible, procedía del interior. Edmond no supo identificarlo de momento, pero le resultó desagradable.

—¡Señora Bryans! —insistió por última vez—. Perdone mi libertad, pero su puerta estaba abierta y…

Se interrumpió. Había asomado a un gabinete también iluminado por el gas. Viejos muebles, óleos en los muros, con la firma de John Bryans, cortinajes raídos, postigos encajados en las ventanas…

Y una mujer allá al fondo, en el sofá color verde oscuro. Sentada. Petrificada, con los ojos desorbitados, fijos en su visitante. Con una lividez mortal en su rostro, con un rigidez delatora en sus facciones, en sus manos agarrotadas, en sus piernas. Una mujer de más de cincuenta años, con cabellos canosos mal peinados, con rostro afilado… Un rostro desfigurado horriblemente por algún miedo indescriptible. Mirada vidriosa, fija en ningún sitio. Y arañazos. Crueles, profundos arañazos sanguinolentos, cruzando sus pómulos y labios, su cuello y manos…

Si era la señora Bryans, ya no criticaría ni calumniaría a nadie. Estaba muerta. El simple color cera de su piel, su rigidez toda, así lo pregonaban. Al morir, algo la aterrorizó de forma increíble.

Sonó un maullido ronco a espaldas de Edmond. Este, sobrecogido,


se volvió rápido, sintiendo que se le erizaban los cabellos.

CAPITULO VI
VIOLETAS PARA UNA TUMBA

El jefe de policía Alan Hewitt terminó de hacer apuntes en su librito de tapas de hule negro, y guardó éste, mirando pensativo a su interlocutor,

—Este lugar apesta a orines y comida de gato —dijo ásperamente.

—Es el olor que noté al entrar —asintió Marlowe, pensativo—. Primero no lo identifiqué. Por eso luego me llevé ese susto, al oír maullar a mis espaldas...

—¿Creyó que era el famoso gato negro que dice ver Marla Sangster por doquier? —rió entre dientes con ironía.

—Algo así. —Edmond no se molestó en decirle que también él había visto la noche antes un gato negro en casa de los Sangster—. Luego, vi que eran dos gatos hambrientos los que me miraban. Los pobrecillos llevaban horas sin alimento, era obvio.

—Y usted les dio de comer —sonrió Hewitt.

—Claro —suspiró Marlowe—. No se mostraban hostiles. Vi sus uñas. No tenían huellas de sangre o de piel humana. Ellos no arañaron a su ama, podría jurarlo.

—¿Quién, entonces? —arrugó el ceño Hewitt, contemplando el bulto formado por el rígido cadáver sentado de la señora Bryans, bajo una manta que cubría su horrible aspecto después de la muerte—. No me diga que usted cree en espíritus atormentados...

—Yo no he dicho nada. La puerta estaba abierta cuando yo llamé. Si lo hizo algún animal de Ja vecindad, pudo escapar fácilmente, Si lo hizo una persona, también.

—No hay violencia. Sólo esos arañazos. Y son de animal, estoy seguro. Debió morirse como los otros. De un ataque cardíaco.

—Y de terror —apuntó Marlowe.

—Y de terror, claro —admitió Hewitt de mala gana. Era un hombre fornido, colorado, muy pelirrojo, con el rostro ancho cubierto de pecas, y los ojos intensamente azules—. Por todos los diablos, algo anda mal en esta ciudad. Y que me ahorquen si sé lo es. Primero Lorna, luego Raven... y ahora Sarah Bryans...

—Pero Lorna no tenía arañazos, señor Hewitt —le recordó Edmond.

—Es la única diferencia —paseó, ceñudo, por el gabinete de la difunta—, Al menos lleva muerta diez o doce horas. El doctor Enfield confirmará eso. ¿Por qué vino a ver a la señora Bryans?

—Ya le dije que soy amigo de los Sangster, y vine a Sheffield a escribir un libro sobre ciertos misterios sin esclarecer. La señora Bryans podía contarme algo sobre el cuadro de Lorna y su marido. Es lo que pensé —mintió fríamente Marlowe, por no mezclar al doctor

Quayle en el asunto, ni tener que exponer aquella sospecha sobre una droga capaz de causar el colapso. Si la señora Bryans hubiera sido la autora de tal maniobra, ahora no estaría muerta del mismo modo.

—Bueno, pues ella ya no va a decirle nada, señor Marlowe. Puede marcharse. Dígame dónde se aloja, por si necesito hablar con usted más tarde. El asunto se está poniendo tan feo, que habrá que hacer una encuesta al respecto. No puedo comprender cómo hay tanta gente con el corazón débil... ni cómo puede matarlos alguien de un susto. Todo esto no tiene sentido.

Edmond, mientras salía de la lóbrega vivienda de la señora Bryans, iba pensando lo mismo. Se detuvo un momento a acariciar en el portal a los dos gatitos de la difunta, que una vecina estaba reclamando para sí. Ellos ronronearon al sentir las caricias. Ni siquiera mostraban sus uñas. De modo que no eran peligrosos. Nada tenían que ver en las huellas sangrientas que mostraba el cadáver.

Pero entonces... *¿quién?*

Marlowe se alejó de la casa trágica, y regresó al hotel. Comió en silencio, con escaso apetito, la mirada fija en el pequeño florero de su mesa del comedor. Un ramillete de violetas asomaba de él, decorando la mesa.

Quizá fue eso lo que le dio la idea. O tal vez lo hubiera hecho del mismo modo, no estaba seguro de ello. Lo cierto es que aquella tarde, salió del hotel y adquirió un ramito de violetas en una floristería.

Luego, se encaminó al cementerio.

*

AQUI YACE
LORNA SANGSTER
MURIO EL 11 DE MAYO DE 1881
A LOS 23 AÑOS DE EDAD
LOS SUYOS NO LA OLVIDAN
DESCANSE EN PAZ

Era el panteón familiar. Una puerta metálica, con verja de hierro forjado y vidrios de colores, emplomados, como si fuesen un vitral religioso, daban acceso al interior. Pero fuera, en el muro, se veían las distintas lápidas de los Sangster. La de Lorna era la más reciente, la más blanca.

Depositó Edmond e! ramito de violetas en el suelo, ante la lápida. Se irguió, con la cabeza inclinada. Murmuró algo entre dientes, como una oración:

—Nunca llegué a verte, Lorna. No me conoces. Pero sé que te gustaban las violetas. Aquí tienes un recuerdo de un hombre que hubiera querido conocerte en vida. Estoy intentando saber quién te mató y por qué. Y pido a Dios que no hayan sido ciertos tus temores, y hayas reposado en paz en esta tumba...

Se apartó unos pasos del panteón de los Sangster. Una cúpula de piedra cubría la cripta. Allí dentro estaba ella. Para siempre...

Miró en torno, sintiendo frío... La humedad era ya muy intensa. Estaba cayendo la tarde con rapidez, como sucede siempre en el norte de Inglaterra cuando se roza ya el invierno, y con ella venían la oscuridad y la neblina con olor a humos industriales.

Ya era hora de salir de allí. No sentía miedo a los muertos, pero un camposanto, después de oscurecido, no es el sitio más grato ni acogedor. Edmond dio media vuelta, para dirigirse a la salida con presteza.

Entonces la vio.

Allá, entre los arbustos, junto a otra cripta. Mirándole fijamente por entre las ramas del seto.

Era su rostro.

Cabellos largos, muy largos, sedosos, negros... Piel pálida, rostro ovalado, ojos grises, vivaces y fríos. Manos marfileñas. Sin señal alguna de cicatriz. Sin tristeza ni indiferencia en sus pupilas...

No, no era Jessica. No podía serlo.

¡ERA LORNA!

Lorna, salida de la tumba...

*

Primero, un escalofrío. Los cabellos erizados en su nuca. Una convulsión.

Luego, el grito ronco, desgarrado, brotando de su garganta, casi irreconocible su propia voz:

—¡Lorna! ¡Lorna... *tú*!

Sus pies se movieron más por instinto que por obediencia a órdenes de su mente. Corrió hacia el seto, hacia ella. La oscuridad era cada vez más intensa, pero el rostro, mancha pálida enmarcada en lisa melena oscura, estaba allí, como flotando ante él, surgido de las sombras de la Muerte, de las profundidades de la cripta.

Los arbustos crujieron, susurraron. Algo se movió entre ellos. El rostro se borró. Lorna ya no estaba. En alguna parte, el murmullo de una risa profunda y enigmática, acaso burlona también, se perdió entre los susurros de la hojarasca movida por el frío y húmedo aire de la tarde.

—¡Lorna! —clamó Edmond, penetrando entre el seto, rabiosamente, sin importarle que los arbustos le golpearan, que las ramas le arañasen.

Llegó al otro lado del seto. Miró a todos lados. Cruces, lápidas... Tres senderos bifurcándose, todos flanqueados de setos y cipreses. Muchos panteones. Cualquier sitio podía ser un buen escondite. Si es que los muertos necesitan esconderse.

No había nadie en cuanto abarcaba la vista. El suelo era de

gravilla gris. No había huellas. No quedaban huellas. Ni los muertos dejan huellas.

Respiró, apoyándose sudoroso, convulso, en una alta cruz de mármol. Musitó entre dientes, con voz quebrada:

—No es posible. No es posible... Lorna... Era ella... Salida de la tumba... Estoy seguro de que la vi. No pudo ser una alucinación...

A su alrededor, el silencio no traía respuestas. El aire producía mil ruidos leves y fantasmales en el recinto del cementerio. Eso era todo.

Edmond, tras un prolongado respiro allí apoyado, echó a andar cansadamente hacia la salida. Y recordó, sorprendido, que no había sentido miedo en ningún momento. No había experimentado terror alguno ante la aparición de Lorna.

Hubiera querido encontrarla, aferraría, llevársela consigo al mundo, a la vida. Estaba seguro, incluso, de que la hubiera besado el rostro pálido y hermoso. Aunque de repente, bajo el contacto de sus labios, hubiese sentido purulencia, huesos de calavera, gusanos en movimiento, al romperse el hechizo imposible y mostrar la Muerte su auténtica faz descarnada.

Era una idea espantosa, pero supo que la había sentido dominando todo otro sentimiento, allá en el fondo de su ser. Y entonces sí tuvo miedo.

Pero miedo de sí mismo, no de Lorna Sangster.

Y aceleró su paso, encaminándose al único lugar donde quizá podía tratar de apartar de sí aquella enfermiza obsesión, aquella atracción morbosa hacia una mujer que ya no existía...

A la mansión familiar de los Sangster.

CAPITULO VII
TERROR MORTAL

—Es una historia terrible...

—Lo sé, Sangster. Sé todo lo que va a decirme. Pero no le miento. No he imaginado nada en absoluto. Por supuesto, Marla no debe saber todo esto, o sería peor para ella. Sus temores crecerían hasta un extremo insoportable. Sólo usted debe conocer lo sucedido anoche aquí con aquel gato negro, así como lo ocurrido hoy en el cementerio.

—Todo lo que me ha contado es asombroso —confesó Patrick—, tomándose t de un trago el brandy que se había servido para digerir mejor el relato de Marlowe—. Por un lado, esos sucesos sobrenaturales... y por otro, las confesiones que le hizo el doctor Quayle, su acusación a la señora Bryans... Ya sabía por el jefe de policía Hewitt, que estuvo aquí esta tarde, lo ocurrido a la señora Bryans. Por ello me resulta menos lógico que ella pudiera ser sospechosa de provocar la muerte de Lorna y de Duncan...

—Sangster, como verá, este endemoniado asunto tiene dos vertientes a cual más desconcertante. Una, es la absolutamente natural y tangible, como iodo lo relacionado con esas muertes que me refirió el doctor Quayle. Otra, lo irreal, lo que no es de este mundo...

—Mi querido amigo, usted me dijo en Londres, si no recuerdo mal, que no creía en fantasmas ni en resucitados...

—Y quiero seguir pensando igual —se exasperó Edmond—. Pero este maldito lugar ha alterado mi razonamiento, mi fría lógica... En Londres, las crisis de terror de su sobrina Marla, me parecieron francamente absurdas Era algo lejano e ilógico para mí. De repente, no sólo comprendo a Marla, sino que yo mismo me siento preso en la red de temores, de angustias, de alucinaciones, que la persiguen a ella. O ambos vemos lo que no es... o algo que no es de este mundo existe en Sheffield.

—Marlowe, usted sabe lo que significaría aceptar un hecho sobrenatural en este asunto —dijo gravemente Patrick—, Sería sostener la teoría de que Lorna fue víctima de alguien, pero no murió, sino que sufrió un ataque de catalepsia y fue enterrada viva... Eso supondría que ella, su alma atormentada, surgió de la tumba y reencarnó en ese gato negro infernal... y comenzó a vengarse de quienes la causaron daño en este mundo: Duncan Raven por haberla traicionado, la señora Bryans por haberla calumniado... Eso explicaría de un modo absolutamente terrorífico, todos los hechos acaecidos hasta ahora. La clave del misterio estaría... más allá de la tumba. ¿Cree en esa explicación, Marlowe, hablando seriamente?

—¿Por qué no? Usted mismo lo ha dicho: lo explicaría *todo*.

—No, Marlowe. Todo, no. Creo que la confusión de su mente y de

sus sentidos, le están nublando su propio juicio claro de las cosas... Se explicaría todo... menos lo que le sucedió a Lorna. El espíritu vengador llegado de ultratumba podría aterrorizar hasta morir a Raven y a la viuda Bryans, pero ¿*qué* asustó hasta matarla a la propia Lorna?

Edmond Marlowe se mordió el labio inferior. Bajó la cabeza.

—Es verdad —admitió—. Hay algo más, que no es un ser de ultratumba, capaz de provocar la muerte por el terror. Pero imaginamos que parte de lo que sugirió el doctor Quayle fuese cierto; que la señora Bryans sí hizo ingerir a Lorna una droga venenosa que paralizase su corazón con cualquier susto inesperado. Entonces, la venganza de la muerte sería también por ese acto criminal, al haber causado la muerte de Sarah Bryans.

—Me asombra usted, Marlowe —confesó Sangster, perplejo—. Admito que eso lo explica absolutamente todo. Pero sigo pensando que ni Hewitt ni .la justicia admitirían tal versión de los hechos. Marlowe, yo no admito en modo alguno que mi sobrina haya resucitado o su espíritu sea el ejecutor de una venganza cruel y horrible.

—Entonces, explíqueme lo que sucede. Dígame la explicación racional de lo que he visto.

—Sólo existe una explicación racional. Cruda y desagradable, Marlowe. Pero existe.

—¿Cuál es?

—La de que usted... no ha visto lo que creyó ver.

—¿Qué?

—No se ofenda. Sufre alucinaciones. Como Marla. Imagina lo que cree ver. Este ambiente, este lugar, todo lo sucedido, ha podido influir en su estado anímico, en su mente... Vino a buscar luz en un misterio, no tinieblas, recuérdelo.

—Escuche, Sangster. Sé que vi todo cuanto le he referido. Me importa poco que me crea o no. Yo no soy impresionable, no me dejo influenciar por ambientes ni por supersticiones y leyendas. Estaba totalmente sereno cuando vi a ese gato, cuando vi a Lorna... Usted mismo vio esos arañazos en la almohada... Y si una visión fue cierta, ¿por qué no ha de serlo la otra?

Sangster le contempló largamente. Frunció el ceño. Iba a decir algo, cuando la voz de Marla les interrumpió:

—¡Edmond! No sabía que estuviera usted aquí...

Marlowe se puso en pie, así como Patrick. La joven venía de la planta alta, y traía en sus manos una bandeja de plata con un vaso vacío y un plato con restos de galletas. Dejó todo ello en una repisa, acercándose a Edmond con luminosa sonrisa y aspecto feliz. Parecía radiante al ver otra vez en la casa al joven escritor.

—Encontré a su tío y nos pusimos a charlar —sonrió Edmond, tratando de aparecer trivial—. Creo que fue un imperdonable error por mi parte. Debí saludarla antes, Marla.

—No se lo perdonaré, cierto —frunció ella los labios carnosos, en un mohín gracioso—. Sobre todo, después de las terribles noticias que trajo el jefe Hewitt esta tarde... ¡Es horrible, Edmond! ¿Y usted... usted encontró a...?

—Sí, Marla —trató de restar importancia al hecho Marlowe—. Pero dejemos eso ahora. Ya le dije que había un tipo peligroso en Sheffield, alguien que provoca sustos mortales en la gente... Eso no significa sino que la policía estrechará la vigilancia, y cuando capturen a ese loco, la pesadilla se habrá terminado.

—Usted sabe, que no será tan fácil... —se estremeció Marla. Puso sus manos en las de Edmond, y éste las notó frías—. Desde que he sabido eso, trato de dominar mi pánico... Por fortuna, su presencia aquí parece haberme dado ánimos y lo he soportado bastante bien. Es usted un magnífico medicamento, a lo que veo. Ah, por cierto... Ahora he recogido a Jessica su vaso de leche y sus galletas, y me ha preguntado por usted. Parece que le tiene aprecio. Va a lograr que me sienta celosa...

—No, Marla. No se sienta celosa de nadie... —Edmond la miró y tragó saliva. Por su mente había pasado una idea súbita. No había, quizá, mejor remedio a una atracción enfermiza e imposible hacia una mujer muerta, que dedicarse por entero a una mujer llena de vida. Y eso es lo que hizo. Súbitamente, habló con energía—: Marla, ¿no le gustaría convertirse alguna vez en... en la señora Marlowe?

La joven se quedó petrificada. Boquiabierta, contempló a Edmond, sin dar crédito a sus oídos. Patrick Sangster enarcó las cejas, y miró a su amigo de Londres con un gesto de extrañeza y desorientación.

—¡Edmond! —exclamó ella, con ojos brillantes—. De repente, sus mejillas habíanse cubierto de rubor. Así resultaba mucho más atractiva, más llena de vida y salud—. Edmond, supongo que eso... será una broma...

—Jamás hablé más en serio. Ya sé, Marla, que usted es de buena familia, que poseen negocios, fortuna personal... Yo sólo soy escritor, pero mi porvenir se presenta esperanzado!'. Y, desde luego, me llevaré conmigo a mi esposa a cualquier lugar más alegre y optimista que Sheffield, donde pueda olvidar para siempre las sombras de pasados temores. Marla, seamos amigos, si no puede ser de otro modo. Pero sepa que siento algo muy diferente por usted...

—Edmond... —inesperadamente también, Marla se precipitó hacia él, le rodeó con sus brazos, y su boca húmeda y palpitante buscó la de Marlowe, en un beso largo y apasionado. Al apartarse, musitó—: Edmond, te quiero... Estoy loca por ti...

Edmond la estrechó contra sí, besándola también. Ninguno de los dos parecía preocuparse por la presencia de Patrick Sangster, cuya sonrisa al ver la escena, tenía mucho de pensativa.

Finalmente, carraspeó el tío de Lorna, y ella se apartó, ruborosa, con sus pechos palpitando fuertemente, tras haberse oprimido contra él.

—Perdona, tío… —musitó, radiante—. No pude evitarlo…

—Yo tampoco, Sangster —dijo Marlowe—. Le ruego sepa disculpar…

—Vamos, vamos. Sois jóvenes los dos. Dejen que sus impulsos triunfen —miró a Marla y luego a Edmond. Sonreía más ampliamente, pero sus ojos reflejaban cierta gravedad—. Sólo puedo felicitarles por su decisión. Porque supongo que es una decisión…

—Por mi parte, cuando Marla y usted lo deseen.

—Lo antes posible, tío Patrick —rogó Marla—. Ser su esposa… es como un sueño. Desde que le vi la primera vez, ya sentía así por él..,

—Sí, creo que me di cuenta desde un principio —suspiró Sangster, mirando con afecto a su sobrina. Luego, al volverse a Edmond, su gesto se hizo más serio—. En cuanto a usted, Marlowe… confieso que me sorprendió. Pero, como usted dice, si ha de ser para ahuyentar fantasmas del pasado, simples sombras que no existen… que sea al menos para bien, y Marla nunca se vea frustrada o arrepentida por su decisión, amigo mío…

Y su modo de mirarle, al mencionar las «sombras que no existían», hizo pensar a Edmond Marlowe que tío Patrick sí parecía haber advertido la lucha titánica que se entablara en su interior entre el amor por un espectro, y la atracción hacia una mujer llena de vida como era Marla. Lo que también parecía sentir Sangster, eran ciertas dudas sobre la conveniencia de vencer una pasión así recurriendo a otra persona que podía ser quien pagara las culpas de un irreparable error.

Quizá por ello, se apresuró a decir con voz firme:

—Le prometo, Sangster, que si hago mi esposa a Marla, será para hacerla feliz en todos los terrenos imaginables. A ser posible, la más feliz de las mujeres, esté seguro.

Sangster no dijo nada. Pero asintió con la cabeza, como dando por aceptada esa formal promesa.

De pronto, Edmond creyó sentir sobre su nuca una mirada fija y penetrante.” Giró la cabeza vivamente, pensando que quizá era sólo su imaginación.

No. No era su imaginación. Tan sorprendidos como él mismo, miraban a lo alto de la escalera Patrick y su sobrina.

Allí, sus grises ojos fijos en Edmond Marlowe, estaba con su alto peinado, su cicatriz rojiza en el rostro, sus manos caídas a lo largo del

cuerpo, y su mirada entre triste y lejana. Jessica Sangster, la hermosa melliza de Lorna.

—¡Jess! —exclamó con extrañeza su hermana—. ¿Qué haces ahí?

—Jessica, querida, es la primera vez que sales aquí... —se asombró su tío Patrick—, Es una grata sorpresa,..

Ella no les miró. No les dijo nada. Se limitó a seguir contemplando a Edmond. Y dijo de pronto con voz fría:

—No quiero estar aquí. No me gusta eso que hay en mi cuarto...

—¿En tu cuarto? —Marla y su tío se miraron, estupefactos—. ¿Qué es ello?

—Un gato muerto. Un gato negro muerto... —dijo heladamente Jessica.

Un grito terrible brotó de labios de Marla. Se hubiera desplomado al suelo, con los ojos dilatados, de no haberla tomado en sus brazos, prestamente, el propio Edmond.

*

Alan Hewitt contempló en silencio a Edmond. Terminó de escribir en un documento, dejó éste a un lado, y entrelazó sus dedos, con expresión meditativa. Encima de su cabeza, la luz de gas se derramaba azulada por la destartalada oficina del puesto de policía local.

—Y bien, Marlowe, ¿qué supone usted que ocurre? —preguntó con voz tensa.

—No lo sé, señor Hewitt. Todo está tan confuso... Marla acababa de salir de la alcoba de su hermana, y no había nada en ella en absoluto. De repente, Jessica descubre un gato negro, estrangulado con una cinta de seda también negra, justo bajo la ventana de su cuarto. La impresión ha sido demasiado fuerte. Ya sabe usted las crisis de miedo que sufre Marla. Tuvimos que llevarla a su lecho y llamar al doctor Enfield inmediatamente. Ahora descansa, pero... la presencia del gato allí, sigue sin explicarse.

—Sí, eso veo —admitió Hewitt, ceñudo—. Esta vez, evidentemente, no se trata de una alucinación. El gato existe. Alguien lo puso allí. Pero ¿quién?

—No lo sé. Yo vi ese mismo gato, o quizá otro igual, lleno de vida, anoche en esa misma casa. Tampoco pude saber quién lo llevó a mi habitación ni cómo entró en ella. El servicio asegura que no han visto hace mucho tiempo un gato en esa propiedad. Y parecen decir la verdad.

—Está bien. Mañana iré a averiguar eso —miró ceñudo al exterior, a la oscura noche de niebla—. No siendo nada realmente grave o urgente, creo que el asunto puede esperar al nuevo día. Con semejante noche, uno se pierde fácilmente en cuanto sale de Sheffield y pierde de vista las luces de gas callejeras.

—Urgente, quizá no lo sea. Pero puede ser grave, señor Hewitt.

—¿Grave? ¿Por qué motivo?

—Creo que un gato negro, por una u otra razón, está relacionado con esta serie de muertes que tienen lugar en su jurisdicción. Marla no imaginó cosas, como tampoco las he imaginado yo, sino que las vimos perfectamente. Este hecho puede sanar a Marla, al convencerla de que no sufre ninguna psicosis ni padece de alucinaciones. Pero ahora me preocupan otras personas también.

—¿Acaso Jessica Sangster? —sugirió Hewitt, pensativo.

—Puede ser una de ellas, ¿por qué no? Ese gato abandonado en su habitación, tal vez sea una advertencia, una amenaza… de alguien que ya mató a su hermana melliza, Lorna.

—Usted no cree en historias sobrenaturales, por lo que veo —sonrió Hewitt.

—Se equivoca. Creo más de lo que supone, al menos desde hace poco tiempo. Pero quiero luchar contra esa creencia, convencerme a mí mismo de que estoy en un error, y de que todo ha sucedido de forma normal, que se trata simplemente de una cadena de crímenes, por extraño y retorcido que todo ello parezca.

—Desde que usted ha llegado a Sheffield, no puede negarse que las cosas se han ido precipitando por momentos —hizo notar Hewitt, estudiando preocupado a su visitante—. ¿Seguro que usted no me oculta nada, alguna otra información que pueda serme de alguna utilidad en la investigación de este maldito asunto?

—Las cosas que creo saber no le ayudarían gran cosa —suspiró Marlowe—. Son todas de otro mundo… Cuentos de aparecidos, señor Hewitt.

—Aun así… me gustaría escucharlos —sostuvo él con un tono que más que sugerir algo, parecía ordenarlo escuetamente.

Marlowe así lo entendió, y le refirió todo cuanto sucediera desde su encuentro con los Sangster, en una oficina bancaria de la City londinense.

Alan Hewitt le escuchó atentamente, sin siquiera interrumpirle una sola vez, y tomando numerosas notas en su libro de tapas de hule. Luego, se quedó mirando con el ceño arrugado al joven escritor.

—Debió contármelo todo desde el principio —sentenció, con reproche—. No me gusta que se me oculten posibles pruebas.

—¿Usted cree que hay alguna prueba en todo lo que yo sabía? —dudó Marlowe.

—Puede haberla… sí ponemos los pies en tierra y nos olvidamos de tanta leyenda de espectros y aparecidos, señor Marlowe. De momento, voy a hacer algo que creo debimos hacer ya algún tiempo atrás, y que puede ser el error inicial que desencadenó todo esto.

—¿Qué es ello, señor Hewitt? —Se sintió profundamente intrigado

Marlowe.

—Vamos a ir ahora aquí cerca, al club local. Veremos a un buen amigo mío, a quien le presentaré. Se trata del juez de Sheffield, Arthur Warren.

—¿Y qué adelantaremos con ello? —se interesó Edmond.

—Solicitar de Su Señoría la correspondiente orden judicial para una diligencia que no admite demora y que posiblemente desencadene una oleada de protestas. Pero que estoy dispuesto a hacer que se efectúe, contra viento y marea.

—¿Y es...?

—Exhumar los restos de Lorna Sangster, para una autopsia.

*

Edmond Marlowe no había reaccionado aún cuando abandonó el Club de Caballeros de Sheffield, tras haber visto al juez Warren firmar allí mismo un documento judicial que autorizaba a Alan Hewitt a proceder a la exhumación del cadáver de Lorna, en cuanto el jefe de policía lo juzgara oportuno.

Se despidió de Hewitt a la puerta del puesto policial nuevamente, y regresó, con paso lento, bajo las luces de gas de las farolas callejeras de Sheffield, hacia el hotel del Comercio.

El suelo empedrado, aparecía negro y charolado a la claridad fantasmal de las farolas azules. Los halos de luz eran como globos flotando en la niebla, de trecho en trecho. De vez en cuando, las luces amarillentas de los escaparates de alguna cantina, rompían la monotonía nocturna de la pequeña ciudad industrial. Y algunos transeúntes, muy pocos, se cruzaban con él, desapareciendo como engullidos por la sucia bruma.

Edmond pasó también junto a algún que otro carruaje que rodaba con prisas en la noche, con su negra forma espectral y el tamborileo sordo de los cascos de sus animales de tiro en el empedrado resbaladizo.

No se daba siquiera cuenta de todo ello. El joven escritor iba pensando en las terribles consecuencias que podía tener para sus pensamientos aquel acto judicial que Hewitt decidiera llevar a cabo repentinamente.

Se sorprendió a sí mismo cuando notó que estaba hablando solo por la calle, musitando sus pensamientos en voz alta:

—Lorna... No pueden sacarte de allí... No es justo. No deben hacerlo. Tu... tu cuerpo, tu rostro... Es romper una imagen hermosa, es destruir un bello sueño... Esos largos meses dentro de ese ataúd... Oh, Lorna, ¿cómo estará tu pobre envoltura mortal? ¿Cómo tu hermoso rostro ovalado? Y tus manos marfileñas... ahora sólo huesos descarnados, largas, larguísimas uñas... ¡No, Lorna, no es justo! ¡No deberían hacerlo! Después de todo, ¿qué puede decirles tu cadáver,

tus míseros restos humanos? Si vives… no eres como lo que allí queda… ¿0 es que… es que no hay nada en tu ataúd? ¿Es que tu tumba está vacía?… ¿Es eso, Lorna?

Era un largo monólogo, susurrado a flor de labio. De repente, enmudeció en seco. Estaba ante el hotel Comercio. Las luces amarillas despedían un halo dorado en la niebla. Junto al bordillo de la acera, había un carruaje detenido. Los caballos parados, coceaban impacientes el empedrado. La humedad hacía brillar el toldo negro del fiacre.

Edmond se aproximó al carruaje, en su camino hacia el hotel. Un destello de luz de gas se quedó en una placa de metal sujeta al pescante, en el lateral del carruaje. E] nombre allí grabado era bien visible:

SELDOM ENFIELD, M. D.
Sheffield

—Seldom Enfield, doctor en Medicina… —leyó Marlowe en voz alta—. Es el coche del doctor… Tal vez esté dentro, en el hotel… Me traerá algún mensaje de los Sangster.

Iba a seguir, cuando la misma luz de la farola de gas que le revelara la existencia de la placa en el coche, le mostró algo más: al hombre tendido en el pescante.

Edmond Marlowe se encaramó al mismo, tratando de que la luz del fanal de queroseno que llevaba el fiacre, le revelara algo de la persona tendida en el pescante. Al no lograrlo, encendió un fósforo de madera y lo inclinó sobre el caído.

Marlowe exhaló un ronco grito de horror, y retrocedió, tambaleante. Los caballos se agitaron, pareciendo a punto de arrancar al galope, pero no se movieron.

La luz del fósforo acababa de revelarle la identidad del hombre allí tendido. Era el doctor Enfield en persona. Sus grises cabellos estaban revueltos, erizados, sus ojos se desorbitaban con un pánico irrefrenable, la boca aparecía convulsa y el rostro desfigurado por el terror.

Estaba muerto, evidentemente. Unos arañazos rojizos surcaban su rostro y sus manos.

CAPITULO VIII
MÁS ALLA DE LA MUERTE

Patrick Sangster estaba pálido y algo tembloroso cuando llegó. Ciertamente, distaba mucho de ser el hombre tranquilo de siempre, aquel a quien Edmond había tratado desde su encuentro en Londres. También parecía haber envejecido varios años de golpe.

Apenas hubo llegado, se quedó mirándoles a todos con gesto cansado, muy en especial a Alan Hewitt.

—No creí que esto llegase nunca —dijo secamente—. ¿Es absolutamente necesario?

Hewitt asintió con la cabeza, grave su gesto.

—Lo es, Patrick. De otro modo, no se haría. Creo que hay que afrontar las cosas con decisión. El error de Enfield entonces, no se debe prolongar. Quizá por ello mismo, ahora el propio doctor está muerto, uniendo su nombre a la lista de personas víctimas del misterioso pánico.

—¿Es que cree que la clave de todo puede estar en el cadáver de mi sobrina?

—No lo sé. Ahora, quizá sea ya muy tarde. Pero todos estamos de acuerdo en que debe hacerse. El doctor Quayle, nuestro nuevo forense, se ocupará de todo con la mayor rapidez, para volver a sepultar lo antes posible a la infortunada Lorna.

—Eso poco importa. Lo terrible es tener que exhumar su cuerpo... Menos mal que oculté esto a Marla y a Jessica. Por fortuna, ellas 110 saben nada.

—Es lo mejor que pudo hacer —aprobó Edmond Marlowe, sombrío en un rincón de la estancia—. Incluso para nosotros, será una emoción muy fuerte. Ellas no lo soportarían.

—Bien, señores, creo que es el momento de encaminarnos al panteón —habló el juez Warren, con tono enérgico—. A estas horas de la mañana, no habrá nadie todavía en los alrededores del cementerio. La noticia ha permanecido bien guardada durante la noche.

Hewitt asintió. Con ellos estaba también el rubio médico, el doctor Quayle, en su calidad de nuevo forense. Luego, se les unieron dos empleados del cementerio, y todos juntos salieron del puesto de policía, con las primeras luces de un amanecer nublado y sombrío, en dos carruajes negros, que pronto enfilaron el camino del camposanto.

La comitiva, en silencio, como sobrecogidos por lo que iban a realizar, se fue aproximando a las cercas que rodeaban el recinto de los muertos. Solamente Sangster rompió el silencio en una ocasión, para hacer un comentario que debía darle vueltas en la cabeza:

—Dios mío, pensar que anoche estuvo el doctor Enfield en casa,

atendiendo a mis dos sobrinas... en especial a Marla... Y luego, a su regreso al pueblo... iba a morir así...

Muchos se mantuvieron callados. Edmond respondió al comentarlo:

—Fue la segunda víctima en pocas horas, Patrick. Como dijo el señor Hewitt, desde que yo he llegado, los acontecimientos se precipitan en Sheffield... Al pobre doctor Enfield debió sorprenderle la muerte en su pescante, y allí mismo murió. Frente al hotel donde yo me alojo. Es terrible...

—Sangster, ¿cómo estaba el ánimo del doctor en su casa anoche? —quiso saber Hewitt de repente.

—Normal —suspiró Patrick—, No parecía preocupado ni temeroso por nada, si a eso se refiere, Hewitt. Estaba habituado a hacer de noche traslados así. Dijo luego que se iba a la población, a tratar de descansar. Eso fue todo. Salió, tomó su carruaje, y emprendió la marcha. Recuerdo que parecía a punto de decirme todavía algo cuando iba a partir, pero al final no dijo nada, y se alejó con su carruaje.

—¿Por qué querría nadie matar al doctor Enfield? —masculló Hewitt, ceñudo.

—¿Por qué quisieron matar a los demás? —replicó a su vez Edmond—. Lo cierto es que también esta vez pareció fallarle su corazón al viejo doctor, aunque no sabremos eso con seguridad, hasta que Quayle efectúe la autopsia. Supongo que no le dijo a usted, Patrick, que hubiera tomado nada en ninguna parte, antes de ir a su casa...

—No, no dijo nada. Ni tampoco tomó cosa alguna en mi propia casa —rechazó Sangster—. Tal vez después, en el camino de regreso... Pero no acostumbraba a pararse a beber en ningún sitio. Para eso llevaba su frasco petaca de buen whisky en el bolsillo, adondequiera que fuese.

—¡El frasco! —rápido, Edmond miró a Hewitt—. ¿Ha oído eso? ¿Tenía el doctor su frasco encima cuando le han revisado sus ropas?

—No —confesó sorprendido el jefe de policía—. Ni en sus ropas, ni en el carruaje. Ningún frasco. Y es cierto lo que dice Sangster. Debí pensarlo antes...

—¿Creen que significa algo? —se alarmó Sangster, mirándoles.

—Sí —suspiró Edmond, mientras Hewitt asentía con la cabeza—. Creo que significa mucho.

Pero no añadió más. Los carruajes llegaban ya al cementerio. Bajaron de los dos vehículos, encaminándose por los senderos desiertos, entre cruces y lápidas, hacia el panteón familiar de los Sangster. Empezaba a lloviznar ligeramente. El día tenía un color plomizo que llegaba a hacerse agobiante. El ambiente en el

camposanto, resultaba así de auténtica pesadilla.

Se detuvieron ante el panteón de los Sangster. Los funcionarios del recinto obedecieron las órdenes del jefe de policía Hewitt, con el juez Warren como testigo. Edmond, Patrick y el doctor Quayle, se agrupaban junto al magistrado, a la espera de lo que aconteciese. En sus rostros se podían leer las diferentes emociones que la situación despertaba inevitablemente en ellos.

Parecían darse cuenta todos de que la corazonada de Hewitt podía resultar atinada. Tal vez una parte del secreto estaba sepultada junto con el cuerpo de Loma Sangster. Y todos esperaban y temían a la vez el momento de enfrentarse con el cuerpo ya forzosamente en avanzado período de putrefacción que encerraría el ataúd allí sepultado meses atrás, después de más de medio año transcurrido entre la misteriosa muerte de Lorna y este instante, particularmente tenso y estremecedor.

—Adelante —invitó con voz grave el juez Warren—. Procedan conforme lo autorizado por la ley, Hewitt. Ustedes, caballeros, serán testigos, como yo mismo, de que esta diligencia se cumple en forma rigurosamente legal.

Tras abrir la cripta, descendieron los dos empleados a su interior, acompañados por el jefe de policía y el juez. Los demás, en el umbral del recinto fúnebre, cambiaron entre sí una mirada inquieta, preocupada.

—Ya pueden bajar, caballeros —invitó el juez—. Será mejor proceder aquí dentro a las diligencias oportunas, guareciéndonos de la lluvia en esta cripta. Cuando la lápida sea levantada, usted, Hughes, vaya a buscar el carruaje fúnebre para trasladar los restos a la Morgue.

—Sí, señor juez —dijo uno de los empleados del cementerio, mientras trabajaba con su compañero en desprender la lápida de la tumba de Lorna.

El silencio sólo era roto por el jadeo de los funcionarios, los roces de la piedra, al ser removida pausadamente la losa, y la respiración entrecortada de los testigos. Poco a poco, y pese a la puerta abierta y a la lluvia del exterior, la atmósfera en el interior de la cripta, iluminada por lámparas de petróleo, se iba haciendo más y más densa. En el exterior, la lluvia iba arreciando. Unas rachas de viento húmedo, hicieron chirriar lastimeramente los goznes de hierro de la puerta, provocando un escalofrío en los presentes.

Edmond Marlowe miró al exterior, recordando de pronto el rostro en el seto, el óvalo pálido y fantasmal de Lorna, entrevisto en plena noche. Esta vez, por el hueco de la puerta, no descubrió sino una cortina de lluvia y unos arbustos agitándose a impulsos del viento.

Un chasquido señaló el momento de ser desprendida totalmente la

lápida. Apareció un hueco de piedra, en cuyo fondo reposaba el ataúd de Lorna. Sin tierra encima, como ella temía en sus sueños obsesionados. Pero lo bastante hermética la fosa como para que un despertar en ella fuese la más alucinante de las pesadillas imaginables, hasta morir de asfixia.

El funcionario del cementerio se ausentó en busca del carruaje fúnebre para el traslado del cuerpo exhumado. Su compañero saltó al interior de la fosa, y con ayuda de Hewitt y del doctor Quayle, fueron alzando el negro féretro de caoba con aldabas y cerraduras plateadas, hasta el nivel de la cripta. Edmond miró de soslayo a Patrick Sangster. Estaba lívido, los ojos fijos en el ataúd, las manos temblorosas.

—Procedan a abrir la caja —dijo solemnemente el juez—. Identifique usted, señor Sangster, el cadáver de su sobrina Lorna, si ello es posible.

Patrick asintió, demudado, acercándose hasta la caja. Edmond le siguió, no sabía si para ayudar a Sangster en un momento de posible debilidad... o para ver lo antes posible qué era lo que quedaba de Lorna Sangster.

Forcejearon con la tapa. Chascó la madera. Respiraron hondo algunos de ellos. Luego... la alzaron con un esfuerzo final.

El contenido del ataúd quedó al descubierto.

Patrick Sangster emitió un leve gemido ronco. Se tambaleó, mortalmente pálido. Edmond le sujetó, la mirada fija en el fondo del ataúd.

—Lorna... —susurró el joven escritor, con mirada absorta.

Y entonces lo vio.

Entonces descubrió en el rostro medio putrefacto del cadáver, algo que no debía de estar allí. Entonces, en la faz ya descompuesta en parte, Edmond Marlowe captó la presencia de lo insólito. Dominó su horror ante el cuerpo medio descarnado, fétido, de larga cabellera, de uñas desmesuradamente crecidas después de la muerte...

Se dijo que era imposible. Que aquello no podía estar allí.

Y justo entonces, la voz débil, quebrada, llena de emoción, de Patrick Sangster, vino a corroborar su impresión, a confirmar su hallazgo:

—Dios mío... Hewitt... Ese... ese no es el cuerpo de Lorna... Es el cadáver de... de Jessica, su hermana gemela...

El jefe de policía le contempló sin creer lo que oía. Edmond, seguía clavando sus ojos en aquella rojiza cicatriz, visible en una mejilla de la mujer sepultada en la cripta...

*

—Lorna Sangster... Siempre estuvo viva Siempre...

Patrick y su sobrina Marla contemplaban fijamente, como él mismo, a la silenciosa, distante, fría Jessica. La que ellos habían

pensado siempre que era Jessica.

Esta se mantuvo callada, la mirada distraída en algún punto inconcreto. Luego, sonrió extrañamente. Se pasó la mano por el rostro. Frotó con fuerza. Algo se desprendió de su piel. Un postizo bien adherido. Una falsa cicatriz. Quedó su rostro terso, sin una huella. Soltó las horquillas y agujas de su peinado. Cayó la melena en cascada.

Marla la contempló con horror. Dio un paso atrás.

—Lorna… ¡Eres tú!

—Parece que ya no tiene objeto seguir fingiendo —¡qué diferente ahora la voz de la falsa Jessica, al hablar a los demás! Arrogante, vital, llena de magnetismo. Los ojos parecían otros. Los del cuadro. Los que

Edmond Marlowe vio en el cementerio una noche. Unos ojos llenos de vida, de fuerza, de fascinación increíble. La transformación era tan asombrosa, que podía pensarse en una actriz genial, capaz de engañar a todo el mundo a cara descubierta. Ella proseguía—: La farsa ha terminado. Lorna vuelve a la vida, y la pobre Jessica ocupa su verdadero lugar: una tumba en el cementerio…

—Pero ¿por qué, Lorna? ¿Por qué todo esto? —gimió su tío, aún impresionado—. No sé cómo pudiste engañarnos tanto tiempo. No entiendo lo que sucede. ¿Era necesario enterrar a Lorna Sangster?

—Sí. Era totalmente necesario. Absolutamente preciso… o lo intentarían de nuevo.

—Intentar… ¿qué? —jadeó Marla.

—Matarme, querida hermana —suspiró Lorna tristemente—. Acabar conmigo. Por eso me tomé tantas molestias. El cadáver de Jessica podía ser fácilmente confundido con el mío. Bastaba cambiar un modo de vestir, de peinarse… Y bastaba una cicatriz. Había que borrar una e inventarse otra. Hice ambas cosas. En realidad, fui yo quien encontró el cadáver de Jessica.

—¡Tú! —exclamó Patrick, asombrado.

—Sí, querido tío —sonrió Lorna, con ojos fulgurantes—. Yo la encontré en la calle, sin vida… Vi su expresión, vi que estaba muerta. Y comprendí. Tuve miedo entonces, lo confieso. Supe que la habían confundido conmigo por alguna razón, y pronto adiviné por cuál: Jessica había querido hacer en mi nombre algo que yo no quería hacer. Para ello, se maquilló cuidadosamente la cara, tapando su cicatriz con mucha habilidad. Ambas habíamos trabajado como artistas de teatro en el cuadro de aficionados de Sheffield. Es algo que nadie recordó. Llevaba un vestido mío, el pelo suelto como yo… Debió hacerlo tan bien, que engañó a todos. Incluso a… un asesino. Y éste acabó con ella, pensando que era yo, Lorna Sangster.

—Pero una vez muerta, esa cicatriz tapada pudo haber sido vista

por la policía, por el doctor Enfield, por su familia... —comentó Edmond, perplejo.

—Sí, Marlowe —Lorna le contempló con una risa bailoteándole en el fondo de sus fascinantes pupilas—. Pudo suceder. Pero no sucedió. El maquillaje utilizado por Jessica era muy bueno. Soportó bien la escasa luz de gas de la Morgue, de los velones en esta casa... Dando por sentado que ella era Lorna, nadie pensaría en buscar nada en su rostro. Ahí intervine yo, preparándome una cicatriz perfecta, tal y como hacía a veces en el escenario. Durante la larga noche de vela, logré entrar dos veces en la sala donde ella reposaba, y retocar el maquillaje que cubría su cicatriz. Nadie lo advirtió. Yo había decidido ya mi plan de batalla, a la espera de acontecimientos. Jessica era impresionable y nerviosa. Nada más fácil que fingir un acceso de locura, de depresión. Y así lo hice. Engañé incluso al doctor Enfield, muchos de cuyos medicamentos arrojaba sin tocar.

—Pero eso no tiene sentido, Lorna —gimió su tío—. ¿Por qué peligraba la vida de Loma y no la de Jessica? ¿Qué motivo existe para que alguien quisiera matarte a ti y no a tu hermana melliza?

—Yo, de momento, no lo sabía seguro —suspiró Lorna—. Pero tenía mis sospechas, y quería confirmarlas de alguna forma, sintiéndome al mismo tiempo a seguro. Luego, empezó a suceder todo ese cúmulo de horrores, y poco a poco fui comprendiendo que mis temores eran ciertos: Duncan Raven, la señora Bryans, el doctor Enfield... Todos iban muriendo del mismo modo que murió Jessica: un ataque al corazón, ninguna señal de violencia, un gesto de profundo terror en el rostro, como si hubieran visto lo más terrible del mundo frente a ellos... Luego, llegaron esos otros detalles siniestros: los arañazos, el gato negro...

—Sigo sin entender lo más importante —confesó Marlowe, ceñudo —. El motivo de esos crímenes, Lorna... ¿Qué motivo existía realmente para cometerlos? ¿Cómo provocar el fallo cardíaco? ¿Qué veían las víctimas, para sufrir tal susto que terminase con sus vidas con esa facilidad?

—Son muchas preguntas, Marlowe. Pero en todas habrá una respuesta, podéis estar seguros.

—Hará falta que las haya, Lorna. Y convincentes —terció su tío Patrick gravemente—. Desde que Hewitt ha descubierto que la persona enterrada allí es Jessica... sospecha de ti como culpable. Dice que solamente el criminal podía tener la astucia suficiente para cambiar las personalidades, engañar a todos y no desear que el cuerpo fuese nunca exhumado ni se le hiciera la autopsia. Hewitt dice que en una mesa de autopsias, la cicatriz maquillada hubiese salido a la luz inevitablemente.

—Muy cierto —suspiró Lorna—. En eso, me fue de mucha ayuda

el interés del doctor Enfield por ayudar a la familia. Creo que, de hacerse tal autopsia, hubiera resultado muy difícil sostener el engaño. Pero en eso no tuve culpa. El azar me ayudó, es todo.

—Hewitt está dispuesto a correr el riesgo y proceder a tu arresto como sospechosa de homicidio —señaló su tío con aire preocupado—. ¿Crees que podrás demostrar tu inocencia, si eso ocurre?

—Confío en que sí —la expresión del bellísimo rostro de Lorna Sangster, reveló por un instante cierta preocupación. Luego, casi inmediatamente, volvió la serenidad a su gesto, y la voz de la sorprendente mujer se elevó clara y segura—: No soy culpable más que de una suplantación de personalidad, y aun eso para proteger mi vida, puesto que la de mi hermana Jessica era ya imposible recuperarla. El culpable jugaba, sin embargo, con otra baza segura que diese a su obra un clima de terror sobrenatural. Mi Diario, mis tontas obsesiones juveniles provocadas por la lectura de un libro americano, escrito por un autor llamado Edgar AlIan Poe, que allí está teniendo mucho éxito, sirvieron para tejer otros hilos de la trama, y rodearla toda de un clima angustioso, de ultratumba. Yo no podía evitar eso, y me limitaba a asistir como espectadora muda a todo lo que ese Diario desencadenó: la idea de la catalepsia, el gato negro en que reencarnaba mi alma atormentada y vengativa...

—Fui la primera en sufrir sus consecuencias —suspiró Marla, afirmando tristemente con la cabeza—. Me alegra saber ahora que todo era pura imaginación, alimentada sin duda por alguien muy interesado en dar una versión espectral de los hechos. Ese horrible gato, que también vieron' Edmond, tú misma... En fin, alivia mucho saber que no estaba obsesionada por temores anormales, Lorna.

—Esos temores anormales empezaban a hacer presa en todo Sheffield —dijo Lorna, con un gesto expresivo—. Todo le iba saliendo muy bien a la misteriosa persona que había terminado súbitamente con la vida de la pobre Jessica.

—¿Y la realidad, sin embargo, cuál era, querida? —quiso saber Patrick, con gesto de profundo interés.

—La realidad... —suspiró Lorna, mirándoles a todos con aquellas pupilas suyas, de un gris pardusco, profundo y enigmático—. La realidad, querido tío Patrick, era infinitamente más terrible y más insólita de lo que nadie podía imaginar... aunque, desde luego, muy lejos de tener cariz sobrenatural.

—¿Va a referirnos todo, Lorna? —indagó Marlowe—. Creo que es la única que sabe toda la verdad...

—Quizá. Sólo yo... y el asesino de cuatro personas, Marlowe. Nosotros dos somos los únicos que conocemos esa tremenda verdad...

Siguió un profundo silencio. En la casa de los Sangster, brillantemente iluminada por la luz de gas, con los leños

chisporroteando en la chimenea, el ambiente era agradable y acogedor. Sin embargo, la pausa de Lorna no hacía sino provocar una tensión, un enrarecimiento de la atmósfera, puesto que todos parecían darse cuenta, en aquellos momentos, de que estaban a punto de atravesar los umbrales de una terrible revelación por parte de la mujer que había vuelto de la tumba.

Iban a conocer, al fin, la verdad. Toda la verdad. Una verdad que, al decir de Lorna, era infinitamente más terrible y estremecedora de lo que todos imaginaban.

—Lo que se oculta tras todas esas muertes sin aparente sentido —comenzó Lorna calmosa, fríamente—, es algo que...

De súbito, la interrupción dramática, violenta, que sacudió brutalmente los nervios tensos de los que escuchaban el inicio de la gran revelación.

—¡Allí, en las vidrieras! ¡Mirad!...

Era Marla, con un alarido de horror, la que señalaba a los vidrios del ventanal asomado al jardín. Por ellos resbalaba la lluvia incesante. Pero Edmond y Patrick llegaron a ver algo más: una forma flotó, como un horrible rostro fofo y lívido, desapareciendo con rapidez en la negrura, más allá de la cortina de lluvia.

—¿Qué fue eso? —jadeó Patrick Sangster, estremecido.

—Me miró de un modo horrible... —sollozó Marla, muy pálida—. Nos miró a todos... Creo que, sobre todo, a Lorna... ¡Tengo miedo, Edmond...!

—Calma —se incorporó vivamente Marlowe, al tiempo que Patrick se encaminaba a un armario y extraía de él un revólver, que cargó con rapidez—. Voy a ver quién es y dónde está...

—Espere, Edmond —habló Patrick—. Yo le sigo. Puede que seamos necesarios dos. Si es el asesino, ha matado ya a muchos que iban solos...

—¿Nos dejáis solas? —gimió Marla, asustada.

—Aquí dentro no corréis peligro, si aseguráis la puerta con cerrojo. Abrid sólo al oír mi voz —dijo Patrick Sangster con energía —. Vamos, Edmond. Antes de que escape.

Salieron los dos rápidamente. Marla besó a Edmond cuando éste iba a cerrar la puerta. Marla corrió el cerrojo y respiró con alivio. Se apoyó de espaldas en la recia hoja de madera, y miró a su hermana.

—Dios quiera que den caza a ese monstruo —dijo con voz ronca Marla.

Lorna la miró, pensativa. Luego, se encogió de hombros.

—Son inútiles esas tretas, hermana. Ahora *no puedes asesinarme. Y ellos tienen que saber la verdad*. Sabrán que TU ERES LA CULPABLE DE TODO, MARLA...

—No. No lo sabrán —negó fríamente la bella Marla Sangster.

Y de sus ropas extrajo un cuchillo largo y afilado, con el que se lanzó sobre su hermana, convertida su bella cara en una máscara homicida realmente demoníaca.

CAPITULO IX
EL MIEDO QUE NO EXISTIO

—¡Esta vez será una muerte diferente, querida hermana..., pero no hay otro remedio! —jadeó la hermosa Marla—. Será fácil explicar que alguien entró por la vidriera, asesinándote e hiriéndome a mí!

Y antes de alzar el cuchillo sobre Lorna, para atravesar su corazón, ella misma se dio un formidable tajo en el brazo izquierdo, que empezó a chorrear sangre. Luego, la afilada hoja de acero fue hacia el pecho indefenso de su hermana Lorna.

Esta, en un desesperado esfuerzo ante la demencial agresión, alzó sus brazos para protegerse del salvaje ataque del acero ya ensangrentado. Por un momento, todo pareció decidido. Lorna sabía que sus brazos serían un pobre escudo contra aquella furia homicida que escapaba de cada movimiento y cada gesto de Marla, como una oleada satánica.

Y así hubiera sido, de no suceder lo imprevisible.

Los vidrios del ventanal saltaron en pedazos. La voz de Edmond clamó, potente:

—¡Loma, atrás! ¡Marla, es inútil, no lo intentes...!

Pero ni Lorna podía retroceder, arrinconada contra la chimenea, ni Marla, poseída de aquel odio alucinante, parecía escuchar a Edmond, ni tan siquiera el estrépito de vidrios rotos, por los que entraba ya el agua de lluvia en el salón.

No fue sólo agua la que penetró por esos boquetes. También una bala, cuando Patrick Sangster, con gesto horrorizado, introdujo su revólver por el hueco abierto en el vidrio astillado, y apretó el gatillo.

La bala iba destinada al brazo de Marla, el que estaba armado con el cuchillo. Y, evidentemente, el tío Patrick era hombre de certera puntería con un arma de fuego en su mano.

Pero Marla adelantó en ese momento su cabeza, y saltó sobre su víctima, dispuesta a descargar el golpe decisivo. Eso le fue fatal. La bala del revólver de su tío, fue directamente a su cráneo. Y se alojó en él.

La muchacha emitió un grito breve, ronco. Se paró en seco, su brazo en alto, el cuchillo suspendido sobre Lorna. Un cuchillo que nunca llegó a caer. Fue ella la que cayó, con un oscuro, redondo orificio en su sien derecha, del que goteó un espeso y delgado reguero de sangre negruzca. Con los ojos vidriados, Marla se desplomó en la mullida alfombra, para no levantarse más.

—Dios mío, no... —gimió Sangster, mortalmente pálido—. La he matado, Marlowe...

—Sí, eso he visto... —le miró tristemente—. Pero no tuvo la culpa. No quiso hacerlo... y eso ha salvado la vida de Lorna...

Luego, introduciendo su mano por el boquete en la vidriera, accionó el pestillo y entraron ambos hombres. Marla yacía sin vida. Lorna les contempló. De sus bellos ojos pardo-grises, resbalaron dos lágrimas silenciosas.

—Es terrible… Pero es lo mejor que pudo sucederle a Marla —susurró—. Eso… o morir lentamente, internada en un manicomio, tío Patrick.

—¿Ella estaba…?

—¿Loca? Totalmente, sí. Era una enfermedad hereditaria. Tío Patrick lo sabe. Su madre murió estando enferma mental…

—¿Su madre? —repitió Edmond, significativo.

—Sí, Marlowe. Nuestro padre era el mismo, pero no nuestra madre. El se casó dos veces… Valerie Sangster estaba loca. Jessica y yo éramos hijas del otro matrimonio… Valerie fue la segunda esposa. Nos odiaba tanto a Jessica y a mí, que quiso asesinarnos un día, lanzándonos en un carruaje desbocado, por un abismo. Yo me di cuenta a tiempo y evité el doble crimen, saltando con Jessica y dejando caer a Valerie con el carruaje… Para Marla, yo siempre fui culpable de la muerte de su madre. Me odió terriblemente toda su vida. Pero su propia mente enferma la hacía tan astuta, tan dulce, tan diferente a como realmente era… Era capaz de fingir, .de crear complicados planes, de imaginar brillantes ficciones. Usted mismo, Marlowe, cayó en sus redes seductoras ingenuamente…

—Eso es cierto —asintió Edmond lentamente—. Pero su tío sabe por qué lo hacía…

—Sí, ahora yo también —sonrió tristemente Lorna Sangster—. Pero su ideal no existe. Yo estoy con vida, no soy un fantasma. Su enfermizo amor por una muerta, fue tan irreal como mi propia muerte. Usted no amaba en realidad a Lorna Sangster. Fue un espejismo.

—No. Ahora sé que no era un espejismo. Usted representaba tan perfectamente a Jessica, que logró hacer de sí misma una mujer diferente a Lorna. Yo no podía, por esa misma razón, sentir nada por Jessica. Pero sí por Lorna. Y vuelvo a sentir igual. Sólo que Lorna Sangster… está viva. Existe. Y me siento confuso… Muy confuso.

—Le creo —miró dolorosamente a su hermana muerta—. No es momento de tomar decisiones ni de estar seguro de nada. Habrá tiempo, esté convencido…

—¿Usted… usted estaba en el cementerio cuando yo deposité…?

—¿El ramo de violetas? —sonrió Lorna asintiendo—. Sí. Estaba allí. A veces me escapaba de aquí sin que nadie lo advirtiera, dejando cerrada mi habitación. Me gustó su detalle. Me emocionó. Pero tuve que ocultarme muy rápidamente, para no ser sorprendida.

—Cielos… —suspiró Marlowe—. Y yo que llegué a creer en seres

de ultratumba…

—Marla era quien manejaba eso muy ingeniosamente. Ella creó la historia del gato negro, ella trajo aquí ese gato, lo puso en su habitación, lo estranguló luego y lo dejó en la mía…

—Y en Londres no hacía sino fingir, seguir su farsa, inventándose alucinaciones… —murmuró tío Patrick amargamente—. Nos engañó a todos… Pero ¿por qué mató a los demás? ¿Por qué a Jessica? ¿Por pensar que eras tú y vengar a su madre?

—Sí. Fue el principio de todo, y yo sospeché ya la verdad. De ahí mi defensa, fingiendo que había matado realmente a Lorna y no a Jessica…

—Pero su tío tiene razón. Están Raven, la señora Bryans, el doctor Enfield… Y además, está el modo de matar… ¿Cómo lo lograba, qué clase de terrorífico susto les daba, y cómo debilitó sus corazones?

—Todo en ella era complejo, sinuoso, retorcido, como en toda mente de un loco. Marla tomó a juego su horrible fuerza para matar. Le divertía hacerlo, y fue eligiendo a todos los que me habían querido o me querían: Raven, que fue mi prometido y del que acaso estuvo celosa durante nuestro noviazgo… El pobre doctor Enfield, porque siempre me trató cariñosamente desde niña…

—Pero está la señora Bryans. Ella te odiaba —comentó Patrick Sangster.

—Es otro aspecto de la cuestión. Marla mató a la señora Bryans para quedarse con su fórmula, con su producto, y no ser delatada por ella jamás.

—¿Fórmula? ¿Producto? —repitió Edmond—. ¿Luego era cierto lo del alcaloide o el veneno, que mencionó el doctor Quayle?

—No, no era cierto. No exactamente, Marlowe —negó Lorna Sangster—. Lo que sí era cierto es que existía un producto capaz de matar sin dejar huella. Un veneno vegetal, extraído de plantas tropicales, capaz de paralizar el corazón y crear alucinaciones espantosas en quien sufriera sus efectos, hasta morir víctima de una crisis final. En realidad, las víctimas nunca veían nada que existiera, sino simples visiones producidas por el tóxico alucinógeno. Es una sustancia procedente de la India, donde John Bryans, el hombre que me pintó el cuadro, el marido de Sarah Bryans, la obtuvo de unos miembros de una secta secreta, y se la trajo a Inglaterra. Su esposa la conservaba. Y por odio hacia mí, transigió en colaborar con Marla para hacerme ingerir esa droga. El error estuvo en que fue Jessica la que acudió a reclamarle otro cuadro mío que la señora Bryans se negaba a entregarnos, y a ella le dieron el veneno.

—De modo que esa maldita harpía estaba unida a Marla en una complicidad criminal…

—En efecto. Complicidad que siguió con Duncan Raven, pero que

luego debió asustar a Sarah Bryans, hasta el punto de negarse a seguir, y amenazar a Marla con denunciar los hechos a la policía. Entonces, Marla procedió a eliminarla, apenas regresó de Londres con usted, Marlowe.

—Y después mató por igual procedimiento al doctor Enfield...

—Sí. Creo que el doctor, empezaba a sospechar la verdad, e iba a decirle a usted, Marlowe, lo de una posible droga alucinógena de la India, capaz de causar falsas visiones de terror que, unidas a un debilitamiento artificioso del corazón, provocaban su colapso final.

—Creo que estuvo a punto de decírmelo a mí esa noche —suspiró Patrick Sangster—. Luego debió pensarlo mejor, acudió a Marlowe... y Marla, que debía vigilarle, le mezcló la droga en su whisky, le siguió luego, y se apoderó del frasco, borrando así toda huella del procedimiento criminal empleado.

—Eso creo que debió suceder —suspiró Lorna, mientras Edmond echaba una cortina sobre el cadáver de Marla. Miró al joven escritor y le preguntó—: Usted ya había empezado a sospechar también, ¿no es cierto?

—Sí. Por eso fingí alejarme con su tío, cuando el truco de Marla nos atrajo al jardín, en momentos en los que usted debía morir para no revelar la verdad. No nos marchamos, sino que vigilamos. Su tío se mostró sorprendido, pero siguió mi juego, y a eso le debe el seguir con vida. Ella estaba dispuesta a todo, ya lo ha visto.

—Sí, es cierto... No creí que se atreviera a tanto, esta noche... ¿Qué clase de truco utilizó? ¿Había realmente algo en el jardín para atraer su atención?

—Lo había, sí. Ató un globo con máscara, a unos arbustos del jardín. El aire agitaba ese globo, haciéndole venir hacia la ventana. La lluvia impedía verlo claramente, y la altura de los arbustos dificultaba su hallazgo. Lo suficiente para su crimen definitivo....

—Dios la haya perdonado —musitó Lorna, moviendo tristemente su cabeza—. Creo que ya sólo queda avisar a Alan Hewitt...

—Sí, sólo eso —murmuró lentamente Patrick Sangster.

—Yo iré a por él —se ofreció Edmond Marlowe—. Estaré en seguida de vuelta...

—Sí, por favor —le rogó Lorna, su mirada muy fija en él—. No nos deje solos por esta noche, se lo ruego...

*

Edmond Marlowe regresó aquella misma noche, con Alan Hewitt, jefe de la policía de Sheffield.

El misterio de la industriosa ciudad de los Midlands del Norte había terminado con su tragedia final, epílogo triste y amargo a una extraña historia de muerte, de odio y de locura. Una historia que un joven escritor quería llevar a un libro, aunque posiblemente los

lectores nunca llegasen a creer que aquellos hechos habían sido auténticos y no obra de la ficción de un creador literario.

Pero Edmond Marlowe, mientras escribía la historia de los extraños crímenes de Sheffield y del enigma de un pánico a algo que nunca había llegado a existir, pero que provocaba la muerte de las personas, tuvo tiempo de reflexionar, de serenarse, de madurar sentimientos y pasiones.

Y en ese tiempo, mimando al personaje de Lorna Sangster en las páginas de su libro, llegó a comprender que lo que él creyera un morboso amor necrofílico, en el fondo no había sido sino la intuición de un enamorado que, ante la imagen de la mujer querida, presintió que ella existía, que estaba aún entre los vivos, y no más allá de la frontera de los muertos.

Por eso cuando terminó su libro, tomó de nuevo el tren hacia Sheffield. Y esta vez, no le importó demasiado el largo viaje hacia el norte. Porque había puesto un telegrama, y esperaba que alguien aguardase su llegada a la estación de Sheffield.

Si ese alguien aguardaba, significaría que era una respuesta afirmativa a una propuesta suya. Ahora, ambos habían tenido tiempo de serenarse. Tiempo de pensar, de estar seguros de algo...

Y así fue.

En la estación de Sheffield, una mujer alta, esbelta, de larga melena oscura, de ojos grises y profundos, de manos marfileñas y hermoso rostro ovalado, esperaba a Edmond Marlowe con impaciencia.

Era su respuesta. Marlowe la comprendió cuando, a través del vapor con olor a carbonilla, brotando de debajo de las ruedas del convoy, la descubrió allí, en el andén, en la noche neblinosa de Sheffield.

Ambos supieron que, después de todo, la historia terminaba bien, incluso más allá del simple relato literario. En la propia vida.

FIN